

BIBLIOTECA

740

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.

Hartzenbusch.
 Rubi.
 Gil (D. Isidoro).
 Navarrete.
 Olona (D. Luis).
 Doncel (D. Carlos).
 Valladares y Garriga.
 Bravo (D. Cefer.).
 Garcia Gutierrez.
 Coll (D. Gaspar).
 Tirado.
 Florentino Sanz.
 Peral.
 Asquerino (D. Eduardo).
 Roca Togores.
 Asquerino (D. Eusebio).
 Segovia.
 Lasheras.
 Retes.
 Cea.
 Escosura (D. Gerónimo).
 Peñalver.
 Campoamor.
 Iznardi.
 Salas y Quiroga.
 Lombardia.
 Hurtado (D. Ant.).
 Cañete.

Paacos y Toro.
 Pina.
 Salgado.
 Tejado.
 Larrañaga.
 Pezuela.
 Alfaro.
 Elipe.
 Godoy.
 Escosura (D. Narciso).
 Valladares y Saavedra.
 Lumbreras.
 Mayoli.
 Montemar.
 Diaz (D. José).
 Canseco.
 Diaz (D. Juan).
 Azcutia.
 Diana.
 Alba.
 Barroso.
 Cerro.
 Rosa.
 Calvo.
 Franquelo.
 Gutierrez de Alba.
 Vera (Doña Joaquina).
 Doncel (D. Juan).
 Aguilera.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2	Donde las dan las toman, t. 1.	3	3	El Ciego, t. en 1.	2	3
Ansias matrimoniales, o. 1.	2		De dos á cuatro, t. 1.	1	1	El cardenal Richelieu, o. 4.	2	9
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4	Dos noches, t. 2.	3	2	El Duque de Altamura, t. en 3.	3	10
A tal accion tal castigo, o. 5.	1	5	Dieguiyo pata de anafre, o. 1.	2	4	El Dinero!! t. 4.	3	14
Azores de la privanza, o. 4.	3	4	Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5	El Doctorcito, t. 1.	6	2
Amante y caballero, o. 4.	2	11	De una afrenta dos venganzas, t. 5.	4	16	El Demonio familiar, t. 3.	3	4
A cada paso un acaso, el caballero,	5	4	D. Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7	El Diablo en Madrid, t. 5.	2	7
Amor y Patria, o. 5.	2	10	Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5	El Desprecio agradecido, o. 5.	4	5
A la misa del gallo, o. 2.	3	5	Dina la gitana, t. 3.	4	8	El Diablo enamorado, o. 3.	3	21
Amor imposibles vence, ó la rosa encantada, o. 3. Magia.	5	19	Demonio en casa y ángel en sociedad, t. 3.	4	3	El Diablo son los nietos, t. 1.	2	3
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2	Dicha y desdicha, t. 1.	2	5	El Derecho de primogenitura, t. 1.	3	3
Actriz, militar y beata, t. en 3.	3	9	Dos familias rivales, t. 1.	3	8	El Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6
Al pié de la escalera, t. en 1.	3	5	D. Fernando de Sandoval, o. 5.	2	8	El Diablo nocturno, t. 2.	5	3
Arturo, ó los remordimientos, t. 1.	2	4	D. Carlos de Austria, o. 3.	2	10	El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9
Al asalto! t. 2.	6	9	Dos lecciones, t. 2.	3	2	El Doctor negro, t. 4.	4	4
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 cuadros.	5	12	Dividir para reinar, t. 1.	1	3	El delator ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7	Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11	El Espósito de Ntra. Sra. t. 1.	1	6
A perro viejo no hay tus tus, t. 3.	5	11	Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6	El Españolito, o. 3.	3	5
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5	Elisa, o. 3.	2	4	El enamorado de la Reina, t. 2.	3	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6	Enrique de Valois, t. 2.	2	10	El eclipse, o. 3.	2	7
Amor y farmacia, o. 3.	2	4	Efectos de una venganza, o. 3.	2	8	El Espectro de Herbesheim, t. en 1.	3	6
Albarto y German, t. 1.	1	2	Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4	El Favorito y el rey, o. 3.	1	6
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3	9	Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4	El fastidio ó el conde Bersford, t. 2.	1	5
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	14	En poder de criados, t. 1.	3	2	El guarda-bosque, t. 2.	3	4
Amor de padre, o. 2.	2	3	Espanoles sobre todo (2.ª pte.) o. 3.	2	12	El Guante y el abanico, t. 3.	3	3
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10	En la falta vá el castigo, t. 5.	3	8	El galan invisible, t. en 2.	3	5
			Engaños por desengaños, o. 1.	2	4	El Hijo de mi muger, t. 1.	2	3
			Estudios históricos, o. 1.	2	5	El Hermano del artista, o. 2.	3	11
			Es el demonio!! o. 1.	2	3	El Hombre azul, o. 5 cuadros.	3	10
			En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4	El Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10
			Entre cielo y tierra, o. 1.	2	3	El Hijo de su padre, t. 1.	3	6
			En paz y jugando, t. en 1.	2	3	El Himeneo en la tumba, ó la hechicera, o. 4. Magia.	4	7
			Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. en 3.	3	9	El Hechicero ó el novio y el mono t. 2	2	9
			Es un niño! t. en 2.	4	7	El Hijo de Cromwell, ó una restauracion, t. en 5.	2	10
			El Andaluz en el baile, o. 1.	2	3	El Hijo del emigrado, t. en 4.	2	10
			El Aventurero español, o. 3.	2	8	El hombre complaciente, t. 1.	3	5
			El Arquero y el Rey, o. 3.	3	12	El hijo de todos, o. 2.	2	3
			El Agiotage ó el oficio de moda, t. 5.	2	10	El hombre cachaza, o. 3.	3	4
			El Amante misterioso, t. en 2.	3	6	El heredero del Czar, t. 4.	2	10
			El alguacil mayor, t. 2.	2	5	El Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11
			El amor y la música, t. 3.	2	4	El Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3	2	5
			El anillo misterioso, t. 2.	4	5	El Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
			El amigo intimo, t. 1.	2	3	El Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 cuadros.	7	12
			El artículo 960, t. 1.	2	3	El licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
			El Angel de la guarda, t. 3.	3	8	El Maestro de escuela, t. 1.	3	4
			El artesano, t. 5.	3	8	El Marido de la Reina, t. 1.	2	5
			El Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7	El Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	3
			El baile y el entierro, t. 3.	2	8	El Médico negro, t. 7 cuadros.	4	12
			El campanero de San Pablo, t. 4.	2	4	El Mercado de Londres, t. id.	4	12
			El contrabandista sevillano, o. 2.	3	10	El Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	3	5
			El Conde de Bellaflor, o. 4.	4	8	El Memorialista, t. 2.	4	4
			El cómico de la legua, t. 5.	3	10	El marido de dos mugeres, t. 2.	2	3
			El Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6	El marqués de Fortville, o. 3.	2	7
			El cartero, t. 5.	3	10	El mulato, ó el caballero de S. Jorge, t. 3.	4	11
			El cardenal y el judio, t. 5.	3	12	El marino, t. 5.	2	8
			El clásico y el romántico, o. 1.	2	3	El marido de la favorita, t. 5.	2	11
			El caballero de industria, o. 3.	3	4	El Médico de su honra, o. 4.	4	6
			El capitán azul, t. 3.	3	4	El Médico de un monarca, o. 4.	1	9
			El ciudadano Marat, t. 4.	3	18	El Marido desleal, ó quien engaña á quien, t. en 3.	2	3
			El confidente de su muger, t. 1.	2	4	El mercado de San Pedro, t. 5.	4	9
			El Caballero de Griñon, t. 2.	2	4	El naufragio de la fragata Medusa, t. 5.	3	11
			El Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4	El Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
			El Castillo de S. Mauro, t. 5.	3	10	El Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
			El Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4	El Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. en 1.	2	5
			El Coronel y el tambor, o. 3.	3	4	El noble y el soberano, o. 4.	2	8
			El Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7	El oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
			El Conde de MonteCristo, 1.ª pte. 10 c	4	16	El Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
			Idem segunda parte, t. 5.	3	17			
			El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 cuadros.	2	12			
			El Castillo de S. German, ó delito y espacion, t. 5.	7	9			
			El Ciego de Orleans, t. 4.	2	9			
			El Criminal por honor, t. 4.	2	6			
			El Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11			



ANDRÉS EL GAMBUSINO, O LOS BUSCADORES DE ORO.

Drama en cinco actos, arreglado á nuestro teatro por los Sres. Sanchez Garay y Lalama para representarse en Madrid el año de 1851.

PERSONAJES.

- ANDRÉS ARIANIGA.
- JORGE DE MONTEALEGRE.
- ENRIQUE DESROCHES.
- CRISOSTOMO.
- PAULINO.
- TABASCO.
- KENTUKI.
- EL GENIZARO.
- EL POSADERO.
- CLARISA.
- CARMEN.
- FERNANDA.

Megicanos, indios, rascadores é indias.

ACTO PRIMERO.

Sala general de una fonda, en San Francisco; puertas al fondo y laterales; sillas y un velador con periódicos á la derecha, y otro á la izquierda con albuñes y revistas.

ESCENA PRIMERA.

CRISOSTOMO leyendo, y á poco el POSADERO, y ENRIQUE, por el foro.

CRIS. (gritando.) Mozo, mozo, acabarás con mil diablos?

Pos. (dentro.) Ya van! ya van!

CRIS. Ya van! Y te parece, vergante, que yo como con eso? Hace dos horas que estoy llamando, y ninguno acude á servirme. (golpeando.) Mozo!

Pos. (á Enrique que entra.) Quiere su señoría un cuarto?

ENR. (con traje de terciopelo negro, al estilo megicano, y sobre él una capa de paño azul oscuro, forrada en seda y con bordados.) Si, porque esta tarde marchó hácia las minas con toda la escolla.

CRIS. (viendo al posadero.) Gracias á Dios!.. Mozo!..

Pos. Ya vá, ya vá!

CRIS. Pues no ha tomado mal estrivillo con su ya vá! ya vá! Lo que quiero es que me traigas un bistek con patatas, un plato de ciruelas y unos mondadientes.

Pos. Ahora os lo traerá el mozo.

CRIS. Pues tú, qué eres?

Pos. Yo soy el dueño del establecimiento. (á Enrique.) Por aquí, señor doctor, al número ocho.

ENR. Está bien; ya sé dónde es; servid á ese buen hombre, y no os ocupeis de mí. (No tengo duda; los nombres de Jorge de Montealegre y de su esposa, son los que acabo de leer en los registros de esta fonda. Clarisa aquí! No sé si tendré valor para verla.) (vase izquierda.)

CRIS. Con que decis que la señorita Fernanda ha salido?

Pos. Si señor, con el del número treinta y cuatro. (vase foro.)

CRIS. Con Paulino, habrán ido á recorrer la ciudad, y á buscar un sitio donde establecer sus mercancías. (ruido y risas de Fernanda.) Pero si no me equivoco, aquí están.

ESCENA II.

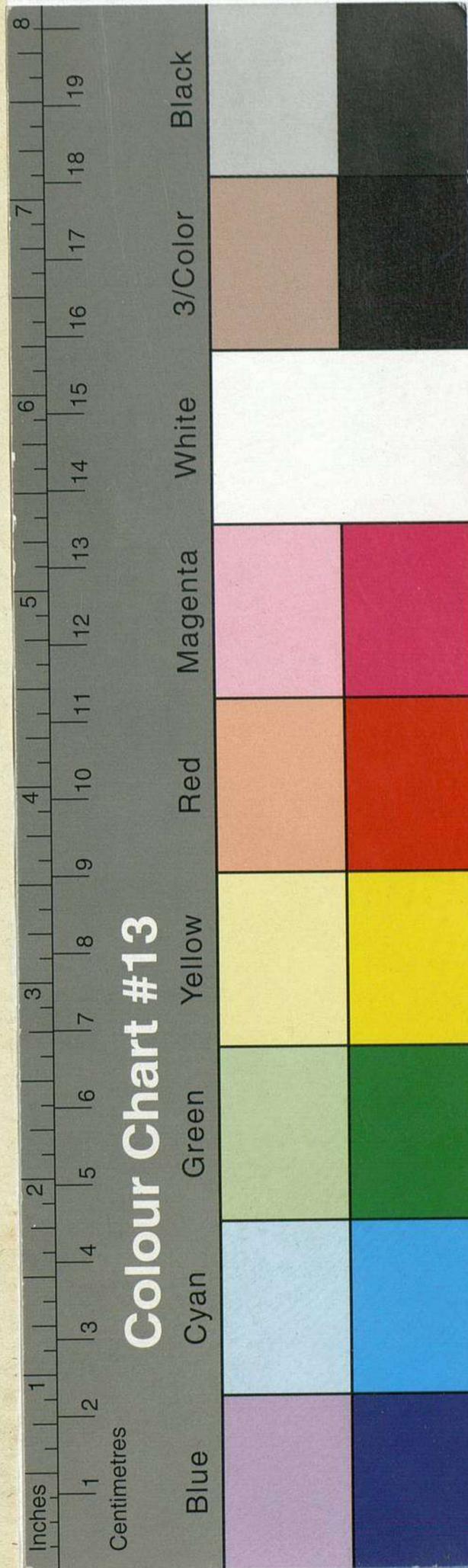
Dicho, FERNANDA y PAULINO, con traje del día.

FER. Ya no puedo mas! (sentándose.) Estoy rendida! Que calor tan grande hace!

CRIS. Y no haber un helado en esta maldita fonda! Nada puedo ofreceros! Quereis un melon?

FER. No tengo hambre, ni sed. Estoy furiosa, desesperada!

CRIS. Contra quién? Contra Paulino? Qué os ha hecho ese imbécil?



FER. Por poco no nos estraviámos.

CRI. Estraviarse con Fernanda!

FER. Figuraos que en medio de la ciudad, donde todas las calles son iguales, me coge de la mano, y me hace correr tras una negra, que iba poco menos que desnuda, á la cual, según me dijo, queria dar una leccion de honestidad y decoro.

CRI. Estais loco?

PAU. Bien sabeis que soy un hombre de una moral rigida, y amigo de la decencia y de las buenas costumbres; y que si he venido á las Californias, es con el objeto de...

FER. En poco ha estado que se pierda mi surtido de blondas y flores.

CRI. Pues hubiésemos hecho entonces buen viage!

FER. Figuraos que al salir de Paris, he tomado la coleccion mas linda de papalinas, lazos, capotas y sombreros con encaje, que se podia traer, y unas flores tan preciosas... Y luego, como aqui no gastan mas que unos sombreros tan ridiculos, y unos penachos de plumas tan feos...

CRI. Desde luego os prometo, que vuestras capotas y gorras van á fascinar á estas isleñas, tan pronto como sepan que tan lindas manos las arreglan (*quiere besárselas*)

PAU. Ya sabeis, amigo Crisóstomo, que esas confianzas me disgustan (*estorbando*.)

CRI. Que placer será para nosotros, y cuanto rabiáran nuestros amigos, si volvemos hechos un segundo Monte-Cristo.

PAU. Permitid, Crisóstomo; sentiria que esta señorita creyese, que yo venia á las Californias por un vil interés.

FER. Pues á qué venis?

PAU. A mi, lo que me guia tan solo, es el amor de la humanidad. Porque he leído en los periódicos, que los rascadores, embriagados por la fortuna, se entregaban á toda clase de vicios; y al instante me puse en marcha, con el ánimo de instruir á esos desgraciados en el arte de la danza, á fin de dulcificar sus pasiones, y guiarles á la práctica de todas las virtudes.

CRI. Veis, señorita, como somos dos viajeros, consagrados á surtir las Californias del artículo de virtud, honra y... provecho? Creedme, estableceos con nosotros en San Francisco.

FER. Ya sabeis os he dicho, que mi objeto es vender las mercancías que traigo, y luego no separarme de la señora Clarisa.

PAU. Y qué linda es!

FER. Cómo, vos reparais!

PAU. Si no he sido yo! Es Crisóstomo quien me lo ha advertido! Debe bailar como una sílfide! Tiene un pie, un cuerpo!...

FER. Habeis de saber, que si ha abandonado la Francia, á pesar de lo delicada y enferma que está, ha sido por no separarse de su marido.

CRI. Por su marido! Vamos, eso es imperdonable.

FER. Sobre todo, haberlo consentido él, viéndola padecer tanto! Ese hombre debe ser muy egoísta.

PAU. Como que no piensa mas que en minas de oro, en escabaciones, esplotaciones... oh! que hombres, Dios mio, qué hombres! Yo los detesto.

CRI. A todos?

PAU. Si, porque todos son á cua mas ambiciosos y perversos.

FER. (*mirando al fondo*.) Chist, silencio; ahí vienen la señora de Montealegre y su esposo.

ESCENA III.

Dichos, CLARISA y JORGE.

JOR. (*conduciendo á Clarisa junto al sillón, donde se sienta*.) Perdonad, querida Clarisa; por hoy almorzaremos sola. Vos aquí, señorita Fernanda? Decidme, habeis visto á Tabasco?

FER. Cuál, aquel que tiene tan mala cara?

JOR. El mismo; no ha preguntado esta mañana por mí?

FER. No, al menos que yo sepa. Pero no teneis mas que ir á la plaza, y allí le vereis asustado á todos con su fea catadura.

JOR. Voy. Clarisa, me es preciso saber si Tabasco ha ejecutado mis órdenes, y si tiene dispuestos los carretones, las provisiones, las armas, y si ha construido las tiendas que deben servirnos de almacega y de morada. Adios, pronto vuelvo. (*vase*.)

ESCENA IV.

Dichos, menos JORGE.

CRI. Me permitreis, Fernanda, que vaya con Paulino á ver el almuerzo? Tengo un apetito, que ya es casi hambre.

FER. Si, si, marchad, y no olvideis que pongan patatas en el bistek. Lo ois? Porque á mi me gustan mucho las patatas. (*vanse Paulino y Crisóstomo, foro izquierda*.)

ESCENA V.

FERNANDA, CLARISA.

FER. Podré preguntaros, señora, si os habeis aliviado un tanto de las fatigas del viage?

CLA. Si, ya me siento con mas fuerzas.

FER. No sabeis cuanto me alegro! Despues de una navegacion tan mala como la que hemos sufrido durante cuarenta dias, nada celebro tanto, como el saber que podré veros en este maldito pais, en medio de esa gente salvaje é incivilizada.

CLA. Cómo! Vos os quedais en San Francisco?

FER. Tal vez sea demasiada osadía la mia, pero...

CLA. Hablad; qué os detiene?

FER. Es que, como os he visto tan noble, tan generosa... no he podido menos de sentir hácia vos el mas grande interés, y por lo tanto nada me seria tan grato, que dado caso necesitaseis de una persona y que os consuele, que os ayude en vuestras fatigas, me digais, «Fernanda... cuento con vuestra amistad.»

CLA. (*dándole la mano*.) Gracias, hija mia, gracias; tal vez necesitemos la una y la otra de la proteccion de Dios; pero de todos modos, vuestra oferta es muy grata para mi corazón.

FER. Vamos á vivir entre unos hombres sin fé, llenos de ambicion.

CLA. Con tal que el corazón no les abandone!

FER. Decis bien; pero sea como quiera, seremos dos para consolarnos y ayudarnos en nuestras necesidades. Hasta despues, señora.

CLA. Adios, hija mia.

Fra. (Pobre señora, cuán pálida está! Dios quiera que este hombre que ha venido á extraer el oro de las Californias, no vaya á sepultar entre sus arenas el cuerpo de su infeliz mujer!) (vase.)

ESCENA VI.

CLARISA, luego ENRIQUE.

CLA. Si, mi deber es seguir á mi esposo, y lo seguiré; siempre me verá atravesar con paso firme uno y otro peligro... Firme he dicho! si, la firmeza que inspira el cariño; este es inmenso, luego tendré suficiente valor para resistir y sufrir.

ENR. (que escucha las últimas palabras.) Para resistir y sufrir! Dios lo quiera!

CLA. (levantándose.) Caballero...

ENR. Clarisa...

CLA. Enrique, vos aquí?

ENR. Habeis encontrado en mi semblante alguna huella para que me recordeis?

CLA. Qué, habeis podido pensar que tan pronto olvidaria al doctor Enrique Desrochés, al joven sabio y cariñoso que veló por mis dias, y que me dió la salud y la tranquilidad? Oh! me habeis juzgado muy mal.

ENR. No recordais, Clarisa, por qué me decidí á abandonaros, pocos dias antes de vuestro casamiento?

CLA. (conmovida.) Enrique, bien sabeis que el corazon pronuncia á veces palabras irrevocables... A vos os profesaba reconocimiento, pero á Jorge...

ENR. Por eso sali de Francia, no por olvidaros, sino por veros; marché con esa resignacion triste y silenciosa, hija de una profunda desesperacion. Desde aquel dia, os lo juro, he pasado mi vida en un continuo tormento; pero en lugar de terminarla, comprendí que podria ser útil á otros seres desgraciados, y por lo tanto me hice el facultativo de todas esas poblaciones que vagan por el territorio de Méjico. Asi he vivido, resistiendo á la fiebre atormentadora del suicidio, luchando conmigo mismo y con mis deseos criminales.

CLA. Enrique, Dios proteja vuestro valor, porque al aceptar la vida, habeis quedado grande y generoso.

ENR. (despues de examinarla.) Creo escusado el preguntaros si sois dichosa.

CLA. (con timidez.) No he dejado de amar á Jorge un solo instante; esto no impide que os diga, lo mucho que me consuela el veros, pues tal vez os necesite.

ENR. Escuchad, Clarisa; dos años hace que vivo en una cruel amargura y soledad, sin que en tanto tiempo, vuestro nombre haya salido una sola vez á mis labios, sepultado en el fondo de mi corazon. Jamás vacilé ante la resolucion que he adoptado, haciendo el propósito de no volver mas á Francia; mas ya que vuestro esposo os ha conducido aqui, á vos, fiel esposa, bajo este cielo de fuego, que tan fatal puede seros, os suplico me permitais os siga paso á paso, aun cuando sea de lejos, pronto á socorreros cuando os vea vacilante y trémula.

CLA. (dándole la mano.) Acepto vuestra noble y fiel proteccion, asi como acabo de aceptar la

de una joven compatriota nuestra... Enrique, este viage me causa horror! Arruinado mi esposo por sus locas empresas, ha determinado ir á las arenas del Sacramento, á pedir el oro que con tanta prodigalidad ha peruido en sus especulaciones, y vá á comenzar sus trabajos dentro de cortos momentos!.. Y yo tengo que seguirle, á pesar del terror que se apodera de mi! Mis presentimientos son funestos, y ya sabeis cuan tristes fueron en otras ocasiones.

ENR. Oh! si, bien me acuerdo!

CLA. Pues bien, Enrique; sabed que hay un hombre en la nueva Orleans, cuya sola presencia puede serme fatal.

ENR. Qué decis?

CLA. Jorge, á quien comuniqué mis temores, se echó á reir, burlándose de mi. Es verdad que á ese hombre solo le he visto dos veces en paseo, y apenas me miró. Pero al verle, no pude menos de estremecerme; encuentro en él cierto no sé qué de extraordinario y terrible, que no acierto á explicar.

ENR. Descansad, Clarisa; en mi teneis un amigo que velará por vos noche y dia.

ESCENA VII.

Dichos, JORGE y TABASCO, por el fondo; este viste un calzon de lienzo, botines de cuero, capa de lana azul oscura, rayada de negro, y sombrero de paja.

JOR. (dentro.) Por aqui, Tabasco, sigueme.

TAB. Está bien, señor.

CLA. (ap. á Enrique.) El es, Jorge.

JOR. (entrando.) Clarisa, ya está todo dispuesto para la marcha. (viendo á Enrique.) Caballero...

CLA. Tengo el gusto de presentaros al doctor Desrochés, á cuyo esmero y cuidado debo la vida, y que partió para las Californias, poco antes de nuestro casamiento.

JOR. Lo celebro infinito; un compatriota á dos mil leguas de Francia, es un tesoro. Vos que conoceis este pais, podreis darme noticias de él.

ENR. Efectivamente, ya hace dos años que habito entre estos isleños. (Clarisa se sienta.)

JOR. Entonces habeis visitado el interior de sus tierras; habeis visto esos sitios maravillosos, donde tanta inmensidad de riquezas se extraen diariamente, capaces de saciar la codicia del hombre!

ENR. Dos veces he visitado el lecho del Sacramento; la primera hace un año, poco antes del descubrimiento que agita al mundo entero; alli vi varios pueblos, ocupados en la caza, y que no apetecian mas que trabajar, para vivir tranquilos y gozosos. No habia males fisicos ni morales; tan sano estaba el cuerpo como puro su corazon; se ignoraba lo que era crimen (con gravedad.) Seis meses despues, en esta misma tierra, donde vais á llevar lo que mas caro os es en el mundo, todo cambió; en vez de risas y placeres, encontré luto y desesperacion; sus miradas se tornaron en sombrías, sus frentes se arrugaron, sus labios estaban enrespadados por la soberbia y la ira. No se veian mas que mugeres prostituidas, hombres avezados en el robo y en el asesinato, y niños y jóvenes cómplices en la depravacion. Los que durante el dia se ocupaban en extraer el mineral, obje-

:

to de sus infamias, empleaban la noche en armar emboscadas, para robar y herir á los que lo tenían depositado. (el conde se estremece.)

No me preguntabais lo que he visto?

CLA. (Y es allí donde la ambición de mi esposo me quiere llevar?)

JOR. Cáspita, querido doctor, con qué colores tan feos habeis pintado el cuadro! Sabed, amigo mio, que si he dejado la Francia, yo el conde de Montealegre, ha sido justamente por huir de esos filósofos furibundos, que me atormentaban noche y dia con sus preságios fatales. Plaga por plaga, prefiero las de la California; al menos me dán la esperanza de recuperarme de mis innumerables pérdidas.

ENR. (Pobre Clarisa!)

TAB. (saliendo) Señor, abajo están los que nos han de acompañar en los trabajos.

JOR. Vé á esperarnos. (vase Tabasco.) Querido doctor, dentro de breves instantes salgo para ese punto, que tan bien me habeis descrito. Solo deseo una cosa, y es volver tan poderoso como esos buscadores de oro, esos gambusinos que dicen aqui, los cuales son el terror y la admiración de los indios.

ENR. (sentado frente á Clarisa; el velador los separa.) Con que habeis oido hablar de esos aventureros del desierto? Los nombres de Quivino, Gomez y Arianiga han llegado hasta vuestros oídos?

JOR. Ya lo creo, como que si Dios quiere, mi ánimo no es otro que el de seguir sus mismos pasos.

ENR. Caballero, antes es preciso haber nacido buscador de oro; no creais que es tan facil llegarlo á ser. El verdadero buscador de oro, el gambusino, no es un hombre como otro cualquiera. Su corazón es insensible á los atractivos del interés y de la avaricia. El oro que recoge algunas veces con riesgo de su vida, lo gasta locamente, sin cálculo, sin temor, y á la mañana siguiente, cuando se vé lleno de privaciones y de fatiga, no exhala su pecho un quejido, un lamento. Los hombres en lo general están sedientos de oro; estos lo están de amor.

CLA. Cómo, entre esos hombres insaciables de oro, hay verdaderos adoradores? Vos que tanto habeis corrido por esos sitios, habeis encontrado alguno de tan singulares personajes?

ENR. Son pocos y por eso no los he llegado á conocer; solo si he oido hablar de su valor indomable, de su feroz temeridad, de su profundo desprecio á la vida. Solo un nombre he podido retener en la memoria, al cual le llaman el rey de las arenas de oro.

JOR. Ah! si, Andrés Arianiga. Qué ruido es ese?

ESCENA VIII.

Dichos, ARIANIGA y el POSADERO.

(Arianiga sale vestido de megicano elegante; pantalon de terciopelo carmesí bordado de oro; capa de terciopelo verde; sombrero con toquilla de oro; sable derecho, y rico puñal en la cintura.)

CLA. (Cielos! Aquí este hombre!)

Pos. Esta es la sala de recibo, comun á todos los viajeros.

ARIA. (viendo á un criado que sale con un sorbete.)

Calla! hay sorbetes, y me dicen que no? Hacedme el favor de traer uno.

Pos. Perdonad, no hay mas que este; tal vez hasta la tarde no se encuentre uno en ocho leguas á la redonda.

ARIA. Razon mas para que me deis ese.

Pos. Lo siento en el alma; mas ya está vendido.

ARIA. A quién?

Pos. A la esposa del presidente del Senado.

ARIA. En cuanto?

Pos. En veinte y cinco piastras.

ARIA. Pues yo doy cincuenta.

Pos. No puede ser, porque el presidente...

ARIA. Doy ciento.

Pos. Señor...

ARIA. Quinientas.

Pos. Si pudiera...

ARIA. Mil... (volviéndose á Clarisa y saludándola.)

Me tendré por muy dichoso si la señora condesa se digna aceptarle. (vase el posadero por la izquierda.)

JOR. (con desprecio.) Vaya un hombre insensato!

ARIA. (volviéndose) Quién es el que me llama insensato? Sois vos, conde de Montealegre?

JOR. Con que ese hombre sabe cómo me llamo?

ARIA. Sé todo cuanto me interesa saber; conque sois vos quien me llama insensato? (rie.) No hace mucho que he oido hablar de un hombre, de un gran señor que vivia en Francia, y en donde la dicha le sonreia. bajo los atractivos de un angel de bondad. Joven, inteligente y hábil, podia facilmente recuperar su fortuna derrotada; pues bien, este hombre prefiere ir á buscar á Méjico, encorvado contra la tierra, y en medio de una turba de infames, que son el desecho de las cuatro partes del globo; y consiente que su esposa, débil criatura, le siga bajo este cielo de fuego, que ennegrece la sangre en las mismas venas.

JOR. Basta, basta.

ARIA. Sea como querais; pero es muy ridiculo que un loco me llame insensato!

ESCENA IX.

Dichos, TABASCO.

TAB. Señor conde, todo está corriente; vos faltais solamente.

ARIA. Ola, eres tú, Tabasco?

TAB. Cielo santo!

ARIA. Conque estás tú, hijo del desierto, al servicio de los rascadores de oro que nos envia la Europa? Huye pronto de aqui, porque quiero olvidar tu rostro y tu nombre. (se retira á un lado.)

JOR. (Tabasco le conoce!)

CLA. (ap. á Enrique.) Enrique, él es... ese megicano... su mirada me hace temblar!

JOR. Venid, Clarisa; vamos, Tabasco. (vase con ambos por el fondo.)

ARIA. (á Enrique que vá á salir por el fondo.) Caballero Enrique, teneis la bondad de escucharme dos palabras?

ENR. Yo?

ESCENA X.

ARIANIGA, ENRIQUE.

ARIA. No me conoceis, Enrique?

ENR. No creo haber tenido ocasion...
 ARIA. Os equivocais, porque á nadie sino á vos debo la vida.
 ENR. A mi?
 ARIA. A vos. No os acordais de haber hallado, hace un año, á dos leguas de Santa Fé, á un hombre, que estenuado por la calentura y por la sed, gemia medio moribundo en el desierto?
 ENR. En efecto, ahora recuerdo...
 ARIA. Vos pasasteis junto á él; llevabais una calabaza coigada en el arzon de vuestro caballo; en aquella calabaza habia agua, la cual le disteis á beber... le hicisteis beber cuanta quiso, y todo esto en un desierto, en donde cada gota de agua cuesta un diamante; despues de haberle vuelto á la vida, le ofrecisteis vuestro caballo, porque su debilidad no le permitia andar... apenas podia hablar.
 ENR. Oh! si, si; ya os reconozco.
 ARIA. Tenia á mi lado un saco de oro; pudisteis haberme dejado morir, y tomar aquel tesoro.
 ENR. Caballero!
 ARIA. Qué quereis! Vivimos entre hombres, donde la honradez es una virtud; esta virtud la tuvisteis vos... y aun mas, porque despues de haberme dejado en poder de mi joven hermana, de mi adorada Carmen, os fuisteis al dia siguiente, sin averiguar mi nombre siquiera.
 ENR. Teneis razon; solo se le di á la joven á quien llamais hermana.
 ARIA. Si, y vuestro nombre, desde aquel dia, vaga sin cesar en nuestra mente, en nuestra boca, y en nuestras oraciones. Pues bien, Enrique, yo soy quien quiere haceros una pregunta.
 ENR. Hablad.
 ARIA. Formais parte de esa caravana de europeos que vá á empezar sus trabajos en san Francisco?
 ENR. Tengo ánimo de acompañarlos.
 ARIA. Para buscar oro?
 ENR. No, para prestar mis auxilios á los necesitados.
 ARIA. Con que intentais salvar la vida á esos inhumanos?
 ENR. Qué decis?
 ARIA. Escuchad, Enrique; de cuantos europeos he conocido, vos sois el único que no me ha inspirado odio y desprecio; creedme, seguid mi consejo, no vayais al Sacramento.
 ENR. No os comprendo.
 ARIA. Entre esos europeos, hay alguna persona á quien conozcais?
 ENR. Hay una á quien amo.
 ARIA. Pues entonces, no los sigais, porque yo tambien os amo, y tal vez la desgracia hiciera que nos hallásemos frente á frente, vos para defenderlos, y yo...
 ENR. Vos? Acabad!
 ARIA. Oh! verdad es que ignorais mi nombre; soy el rey de las arenas de oro... Andrés Arianiga.
 ENR. Arianiga!
 ARIA. Si, y esas arenas que ellos van á cabar con sus picas inmundas, son mias, mias! Oh! Vos no comprendereis, porque tal vez lo ignorais, que en la vida del gambusino, como ellos nos

llaman, hay un momento lleno de angustia y de tormento; este es aquel en que se llega á saber el sitio, el lecho de oro que él descubrió. Ese sitio, ese lecho que le pertenece, que explota él solo, en el misterio de sus goces, de sus peligros, llega un dia en que miles de hombres que le han ultrajado, robado y saqueado, mueren y desaparecen con la rapidez del rayo... Pues bien, ese es el espectáculo que me espera en el Sacramento, porque esa mina, ese lecho de oro, es mio, mi bien, mi dueño, mi cariño; y esos hombres que empiezan hoy sus trabajos, ese conde de Montealegre que los guia, todos esos son los infames que van á hollarlo, á ultrajarlo, á profanar mi amor... Si, os lo repito; vos, hijo de la fria Europa, vos no podeis comprenderme; pero mas de uno caerá herido por una bala desconocida, con los ojos vueltos á su lejana patria... sin socorro... sin auxilio... y el primero va á ser el conde de Montealegre.
 ENR. Qué oigo! Atentariais contra su vida?
 ARIA. Si, porque amo á su muger.
 ENR. A Clarisa!
 ARIA. Y por qué no? No quiere, no ansia su esposo mi lesoro? Qué extraño es que yo adore al suyo?
 ENR. Y eso me lo decis á mi, á Enrique Desrochés?
 ARIA. A vos, Enrique, á mi mejor amigo.
 ENR. Y esperais, por ventura, que he de ocultar los planes de un asesino?
 ARIA. Asesino decis! Oh! decis bien; habia olvidado que perteneciais á la raza civilizada, y que vos y los vuestros ni sabeis amar ni aborrecer! Os lo juro, Enrique, el asesino del Conde no lo seré yo; lo serán las fatigas, los disgustos, la calentura, el trato venenoso con los indios. Vuestros compatriotas, que no dejarán de hacerse rascadores de oro durante el dia, salteadores y asesinos durante la noche, esos serán los ejecutores de mi sentencia, sin dictársela yo.
 ENR. (Oh! no debo abandonar á Clarisa un solo instante; ahora mas que nunca necesita de mis desvelos!)

ESCENA XI.

Dichos, JORGE, CRISÓSTOMO, PAU INO, FERNANDA, TABASCO, é indios trabajadores, entre los cuales se verá variedad de trages de las dos Américas.

VOCES. En marcha, en marcha...
 JOR. Gracias, señores, gracias; agradezco vuestros buenos deseos; Posadero, el vino de Francia que he mandado traer?
 POS. (seguido de criados con bandejas, llenas de vasos.) Aquí lo teneis.
 JOR. Ea, señores, y vos, caballero Enrique, tened la bondad de darme vuestro parecer sobre este vino de mi patria; brindad al mismo tiempo por el porvenir que me espera; es decir, por el valor y audacia que tanto necesito para hacer mi fortuna.
 ARIA. (tomando un vaso.) Y yo, Andrés Arianiga, brindo por la salvacion de las almas de aquellos á quienes un amor desenfrenado al oro, guia á buscar su tumba en las arenas del Sacramento! (cuadro.)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa en su mayor parte una tienda de campaña, y en el fondo y costados se ven árboles; esta tienda es practicable, y en ella habita la condesa con su familia. En el fondo de la tienda, á un lado, hay una cama, cubierta con cortinas de lienzo, formando alcoba; la habitacion está alumbrada por una lámpara de noche. La parte frente al público está descubierta, y la que dá frente á la derecha, lo está por unas cortinas de lienzo. Algunos muebles en la tienda, como sillas y cofres de camino.

ESCENA PRIMERA.

CLARISA, durmiendo en la cama; FERNANDA, sentada á su lado; fuera de la tienda están PAULINO y CRISÓSTOMO, KENTUKI, el RASCADOR y el GENIZARO; Crisóstomo está rematando un azadon, subido sobre un tonel. El traje de los americanos es pantalon blanco y sombrero de paja; los indios, medio desnudos, cubiertos de una tela brillante desde la cintura á las rodillas, y los europeos con trages destrozados; los californienses, de tez bronceada, con su chupa bordada de oro y sedas, calzones de terciopelo y botas de piel de gamo; las mugeres americanas con zagalejo corto, ricamente bordado, con sus cabelleras tendidas y jizadas, ó con largas trenzas sueltas, y una especie de toca rizada y rayada de colores muy vivos; esto segun los posibles de la empresa, y en donde la magnitud del escenario lo permita.

CRÍ. Treinta piastras dan.

KEN. Cuarenta.

GEN. Cuarenta y cinco.

CRÍ. Cuarenta y cinco piastras dan! Un azadon por cuarenta y cinco piastras! El seguro de una buena fortuna por cuarenta y cinco piastras... Un azadon que os hará extraer de la tierra cuanto oro deseéis. Vosotros, los que recorreis las minas del Sacramento, á cuarenta y cinco piastras un azadon... Quién puja?

GEN. Yo doy cincuenta.

CRÍ. Cincuenta.

RAS. Cincuenta y cinco.

CRÍ. Por cincuenta y cinco piastras un azadon nuevo, que se vende en liquidacion forzada.

FER. (El diantre de Crisóstomo, se dá buena maña para subastar efectos.)

CRÍ. Quién sube? En cincuenta y cinco piastras!

KEN. Yo doy cuatro onzas de oro.

CRÍ. Cuatro onzas! La vagatela de trescientos veinte francos por un azadon! Que se remata, á una... á dos...

GEN. Setenta piastras.

KEN. Si? Pues ha de ser mio: ochenta.

RAS. Ochenta y cinco.

KEN. Noventa.

GEN. Noventa y cinco.

KEN. Cien piastras, y no paso.

CRÍ. Ciento y no pasan; á una... á dos... que va la última... á tres... para Kentuki es... tomadle. (se le dá.)

FER. (Gracias á Dios que salió del maldito instrumento, que para nada le servia, sino para achi-chararse.)

KEN. Señor Crisóstomo, tomad seis onzas de oro y ocho dineros.

CRÍ. Vengan. (entra en la tienda y se las dá á Fernanda.) Tomad, señorita Fernanda.

FER. (dándole la mano.) Ahora sí que os quiero, Crisóstomo.

CRÍ. Hola! Con que ya no os disgusto? Ya se vé, me digisteis... Crisóstomo, el oficio de buscador de oro es muy odioso, muy vil... y por lo tanto os despreciaré si no lo dejais; vended vuestros útiles, y en paz... Crisóstomo os oyó, y lo vendió.

FER. Si seguís así, desde luego os querrá Fernanda; de lo contrario, no os acordeis de que tal joven existe en el mundo.

CRÍ. Sabeis que la asociacion Fernanda-Crisóstomo, cuenta ya un capital de tres mil piastras? Lo que es ahora, no sentireis el haber venido.

FER. Verdad es; pero al oír hablar á cada instante de oro y miles de onzas, me dá una envidia, que...

RAS. (al Genizaro.) Entregadme el setenta por ciento de prima sobre el oro que habeis amontonado, y con esa condicion os presto mi carreton.

GEN. Un setenta por ciento! Quereis iros á Sierra-Leona?

RAS. Sino, prestadme vuestra pala.

GEN. Desde luego; cuánto me dais?

RAS. Cuánto me pedis?

GEN. Diez piastras por hora.

RAS. Estais loco?

KEN. Dejadme mediar, caballeros; el uno tiene una pala y el otro un carreton, no es así? Pues eso no basta para cabar la tierra; lo primero y mas necesario es un azadon.

RAS. Os compro el vuestro.

GEN. Cuánto quereis por él?

KEN. Quinientas piastras. (el Rascador y el Genizaro se disputan el azadon.)

CRÍ. Quinientas piastras! Ladron! Cuando se le he vendido en 100!

FER. Y cuánto os costó en Nueva Orleans?

CRÍ. Dos francos.

FER. (saliendo fuera de la tienda, á los que disputan.) Caballeros, tened la bondad de ir un poco mas lejos á disputar; la señora Condesa está enferma, y ahora descansa de sus fatigas.

RAS. Dice bien; vámonos de aquí.

KEN. Ahí cerca hay un sitio muy á propósito para pegarse de cuchilladas sin que lo sienta uno mismo.

GEN. Caballeros, en marcha. (vanse los tres, echando mano á sus puñales.)

ESCENA II.

Dichos, menos KENTUKI, el GENIZARO y el RASCADOR.

PAU. Prefieren irse á pegar de cuchilladas, á arreglar sus asuntos amistosamente!

FER. Ya va Kentuki á dar fin del Rascador.

CRÍ. Esto es una deprabacion atroz; aquí no hay mas que asesinos y ladrones.

FER. Y siendo tan amigos! Ambos son de la escolta del señor conde.

PAU. Bueno fuera que tomásemos un refrigerio mientras los demas...

FER. Decis bien, no es mala idea. (saca una cesta con viandas, que coloca sobre un tonel.)

CRÍ. (comiendo) Conque decidme, vamos á per-

-manecer mucho tiempo por estos tenebrosos sitios.
FER. Unos cuantos dias no mas.

PAU. Y por qué?

FER. La pobre condesa me lo ha suplicado así.

CRÍ. Y cómo sigue?

FER. No muy bien; hoy ha tenido un acceso de fiebre nerviosa, lo cual puso al doctor en sumo cuidado.

CRÍ. Apostaría cualquier cosa á que la señora condesa es sonámbula!

FER. Esta mañana me decia con un aire de terror: Fernanda. no sé qué presentimiento fatal me anuncia, que Arianiga, el rey de las arenas de oro, se dirige hácia las minas.

PAU. (con terror.) Solo nos faltaba eso! El hombre mas inmoral que he conocido en mi vida!

CRÍ. Es pájaro de mal agüero; tres veces le he visto, y otras tantas catástrofes nos ha costado.

FER. Con tal que la cuarta aparicion no venga seguida de otra cuarta desgracia! La señora condesa le teme tanto, que ha suplicado á su esposo no la abandone esta noche, en que el doctor Desrochés ha salido á visitar las inmediaciones. Segun dicen, hay mucho espia indio, y el dia menos pensado nos van á dar un golpe de mano.

PAU. Qué habeis dicho? Los indios atacarnos! Con aquella faz negrusca que causa espanto el verlos!

CRÍ. (mirando.) Otra vez vuelven Tabasco y Kentuki disputando.

ESCENA III.

Dichos, **KENTUKI** y **GENIZARO**, disputando con un bolso.

KEN. Os digo que he sido yo el que cogió á Pampas el saco de oro que llevaba en la mano.

GEN. Yo he sido quien lo maté, luego yo soy quien lo hereda.

PAU. (Vaya una moral!)

KEN. Cuando cayó, yo fui el primero que se acercó á él.

GEN. Razon de mas, porque si cayó, fué porque yo le asesiné.

KEN. Si? Pues vamos á ver á quien de los dos pertenece. (se disponen á reñir con los puñales.)

CRÍ. Bien, bien.

FER. Se van á asesinar! (se esconde junto á la tienda.)

CRÍ. (poniéndose en medio.) Caballeros, reflexionad que nada hay mas interesante que la vida!

ESCENA IV.

Dichos, **ARIANIGA** por el fondo, interponiéndose.

ARIA. (apareciendo por el fondo.) Eh! Dejadlos que se maten; cada animal debe seguir sus instintos; el de esos hombres es el de la buena... Continúad, continuad. (Genizaro y Kentuki se separan.) Decidme, hija mia... (á Fernanda.)

FER. (turbada.) Yo?

ARIA. Es cierto que sigue tan enferma la señora condesa?

FER. Oh! si señor; ha pasado un dia muy malo;

ha tenido una fiebre nerviosa bastante fuerte. (Qué le importará?)

ARIA. (Eso ya lo habia yo previsto.) Kentuki, acarreas mucho oro para el señor conde?

KEN. No me hableis de eso, señor; no he sabido lo que me hacia con asociarme á esa expedicion; nos vamos á arruinar completamente. Y vos, señor, venis á tomar parte en los trabajos?

ARIA. Dime, imbécil, tocó algun gambusino el sitio que otras manos profanaron, por rico que fuese? Adios. (vase foro derecha.)

KEN. (á Genizaro.) Si no estás contento, volveremos á empezar de nuevo,

GEN. Por mí, como quieras.

VOCES. (dentro.) Los indios... los indios... (hácia el foro se nota el resplandor de las llamas que iluminan la escena.)

KEN. No veis ese incendio? Es en los almacenes del señor Conde; corramos. (vanse todos, menos Fernanda que entra en la tienda.)

ESCENA V.

FERNANDA, **JORGE**, y **TABASCO** luego, con varios hombres.

FER. Dios mio! cuando saldremos de este maldito pais? (se asoma á la puerta.)

JOR. (seguido de varios hombres.) Ah! sois vos, Fernanda? Y mi esposa, descansa todavía?

FER. Si señor; aun está durmiendo; lo mas pasmoso es, que no bien miró á la señora el doctor, cuando pareció que se sonreia; la pasó las manos varias veces por la cara, y quedó alargada. Pero qué sueño tan dulce y tan tranquilo la ha infundido!

JOR. Si despierta y se entera de ese alboroto, decidla que esas llamas son producidas por los trabajos que estraen el oro.

TAB. (corriendo.) Señor conde... señor conde...

JOR. Qué sucede?

TAB. Vuestro depósito, vuestros útiles y todos los materiales que teniais almacenados para las minas, todo ha sido reducido á cenizas... los indios lo han quemado.

FER. Cielos!

JOR. Maldicion! Me han perdido! Seguidme pronto... quizás haya tiempo...

TAB. (Bueno será que arregle cuentas con este señor, no haga el diablo que pierda tambien lo mio.)

FER. Crisóstomo viene aqui, y el señor Enrique.

ESCENA VI.

Dichos, **CRISOSTOMO** y **ENRIQUE** por el fondo, derecha.

JOR. Enrique, estais herido?

ENR. No, aun cuando me arrojé en medio de la turba por salvar vuestros efectos. Gracias á Arianiga que me salvó, no soy á estas horas victima del furor de los indios. Fernanda, ha despertado la señora condesa?

FER. Todavía no.

ENR. Permitid, señor conde...

(Se acerca á la cama donde duerme Clarisa; descubre las cortinas, y aparece esta durmiendo á la vista del público; Enrique la pulsa y examina. Jorge habla ap. con los trabajadores.)

CRÍ. Ay Fernanda, qué horror!

FER. Qué sucede...

CRI. Prisionero.

FER. Quién!

CRI. El pobre Paulino.

FER. Paulino!

CRI. Si; el muy necio se empeñó en que unos cuantos compases de su biolin bastarian para hacer huir á los salvages; y apenas le vieron estos, cuando se fueron á él, con unos gritos tan espantosos, que arredraban al hombre de mas corazon.

FER. Será posible!

CRI. Le habrán creido algun fantasma del otro mundo.

FER. Eso es otroz! Qué iran á hacer de él?

CRI. Puede que se lo merienden

FER. Comérselo! Vamos á ver si lo podemos salvar; venid, amigo mio. (*vase, y Crisóstomo por la derecha.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE y CLARISA en la tienda; JORGE, TABASCO y los trabajadores fuera, hablando en secreto.

ENR. (*contemplando á Clarisa*) Clarisa, angel y martir, duerme en paz, que yo velo tu sueño! Mil veces dichosas mis magnetizadas manos, que han conseguido comunicarte un sueño dulce y tranquilo. Duerme y olvida! Si, olvida un instante siquiera los peligros y tormentos que te rodean! Olvida á ese rey de las arenas de oro, cuyo amor te amenaza en el fondo de un desierto! Y á ese conde, ese hombre, cuyo corazon ambicioso, y cuya alma yerta no tiene mas anhelo y mas ventura que la pasion del oro!.. Duerme, Clarisa, y si algun ligero sueño viene á apoderarse de tus lánguidos párpados; que pase brevemente, y te diga que yo estoy aqui para velarte... que yo te amo. (*los trabajadores y Tabasco, se van foro derecha.*)

ESCENA VIII.

ENRIQUE, JORGE y CLARISA en la tienda.

JOR. (*para si.*) Malditos lobos carniceros! (*entrando lentamente.*) Por doscientas onzas de oro que me han estraído de la tierra, quieren para si ciento cuarenta! (*á Enrique.*) Un hombre está ahí fuera, doctor, preguntando por vos; quiere que vayais corriendo á socorrer á uno de nuestros heridos, que está casi moribundo.

ENR. Cielos!

JOR. Os suplica que no os retardeis.

ENR. Ved que no puedo abandonar á vuestra esposa.

JOR. Duerme aun?

ENR. Hablad mas bajo, no nos oiga.

JOR. Sabéis que ha sido maravilloso el invento! Lo que jamás pude creer, ha venido á verificarse ante mis ojos. No cabe duda que duerme profundamente bajo el poder del magnetismo.

ENR. Si, y hubiera querido estar á su lado, hasta que hubiese vuelto en si... Decidme, señor conde, os interesa que viva vuestra esposa?

JOR. Qué decis? Clarisa está en peligro?

ENR. En ninguno, si durante una hora, que es el tiempo que debe durar su sueño, nada llega á inquietarla; mas si en este tiempo de éxtasis, en el que todas sus fuerzas se agitan bajo sus cerrados párpados, una emocion, el mas ligero

choque interior, una palabra, un grito, cualquier cosa por pequeña que sea, llegase á hacer vibrar su alma, que está en un hilo...

JOR. (*con ansia.*) Qué?

ENR. Se rompería para siempre.

JOR. Dios poderoso! Oh! pues entonces voy á sentarme á su lado; quiero velarla yo mismo; si, Clarisa de mi vida!.. Id descuidado; yo velaré.

ENR. Clarisa dormirá aun una hora.

JOR. Y esa hora la velará un silencio sepulcral.

ENR. (*Gracias, Dios mio, todavia la ama!*) (*vase.*)

ESCENA IX.

JORGE, CLARISA dormida.

JOR. Clarisa, perdonamé, perdona mis extravios! Cuan mal hice en sacarte de tu patria, para traerte bajo este cielo mejicano, que arroja de continuo torrentes de lava abrasadora! Ya me es imposible volver á Europa, abandonar estos sitios, estos lechos encantadores de oro, entre los cuales entreveo mi futura felicidad! Si tuviese el instinto de Arianiga, de ese gambusino provocador é insolente que me amenaza! Y por qué? Porque trato de descubrir esos océanos de oro que tiene escondidos en sus desiertos? Bien sabe él donde están ocultos... si, él, que ha osado incendiar mis tiendas, destruir mis provisiones y herramientas!.. Andrés Arianiga, guarda bien tus secretos, porque si algun dia... Oh! hay momentos en la vida, en que desearia uno tener el ojo de Dios para penetrar... Mas qué digo? Quién sabe si su mirada estará en ese fenómeno magnético, tan sublime y poderoso?... (*levantándose.*) Qué idea! Clarisa misma... (*sentándose.*) Mas Enrique ha dicho... pero no, quién ha de creer que el menor ruido, la menor palabra puede causar... y mucho menos en Clarisa, que tanto me ama... en Clarisa, que seria muy feliz oyendo mis palabras... (*se levanta otra vez.*) Dicen bien; estos médicos todo lo pintan con unos colores tan negros, y eso lo hacen por creerse necesarios, porque á los sonámbulos que se les pregunta alguna cosa, no mueren... (*mira á la cama.*) Ahora estoy solo... nadie me ve ni me oye... si me atreviese... (*se acerca á Clarisa*) Oh! está mas pálida que una estatua! (*llamándola.*) Clarisa... Clarisa... mia ..

CLA. Quién me llama? (*sentándose en la cama, con los ojos cerrados.*) Sois vos, Jorge?

JOR. (*temblando.*) (*Está dormida! Yo tiemblo y no sé de qué!*) (*á Clarisa.*) Clarisa, perdóname; Dios me ha inspirado para que venga á turbar tu reposo... Mira, te hablaré con tanta dulzura... como tú quieras.

CLA. (*dirigiendo su mirada hácia él.*) Jorge, por qué temblais asi?

JOR. (*retrocediendo.*) Oh! no me mires... (*acercándose con temor.*) Dime, esposa mia, te sientes mas fuerte y menos conmovida?

CLA. Oh! qué sueño tan dulce es este; déjame dormir!

JOR. Oye, es preciso que te hable.

CLA. No... no... cállate... cada una de tus palabras me penetra y abrasa el corazon! Déjame, Jorge.

JOR. Oh! te lo suplico en nombre del cielo! Di-

me... dirige tu vista á lo largo de esas llanuras... ¿ves acaso aquel desierto?

CLA. No, no quiero ver nada.

JOR. Clarisa, en ello vá mi vida.

CLA. Tu voz me es muy fatal!... Apártate de mí!

JOR. Clarisa, en nombre de tu amor... yo te lo ruego!

CLA. Jorge, dejame apartar la vista de ese hombre! (*después de un instante de silencio y levantándose.*)

JOR. (Mi pensamiento condujo al suyo; ha visto á Arianiga) Clarisa, dime, dónde vá ese hombre? Hacia que sitio se dirige?

CLA. (*con voz trémula.*) Dirige sus pasos hácia el Sacramento... si, hácia el fin... Una joven le espera junto á una gruta... en las rocas de Sonoma.

JOR. En una gruta? Y qué hay dentro de ella? Dime, existe algun tesoro oculto?.. Por piedad!..

CLA. Oh! qué tormento! No, Jorge, no... solo hay una tumba.

JOR. Una tumba! (*Se engaña sin duda; su vista no puede distinguir...*) Clarisa... Clarisa...

CLA. Cállate, no me preguntes mas.

JOR. Oh! sin duda ves el oro que aquel infame oculta; si... si... lo estás viendo, y me lo callas!

CLA. Silencio... silencio; no quiero hablar, porque entonces...

JOR. Qué sucederia?

CLA. Violarias esa tumba!

JOR. Oh! todo lo adivino! Esa tumba encierra un gran tesoro, el tesoro de Arianiga! (*viendo á Clarisa que queda mortal, sobre una silla.*) Dios mio! Clarisa muere! Y no hay quien me favorezca? Clarisa, Clarisa, perdóname... soy un miserable... Enrique! Enrique! Socorro, socorro!

ESCENA X.

Dichos y ENRIQUE por el foro derecha.

ENR. Ah! Sin duda llegué tarde!

JOR. Dios mio! Salvadla, Enrique, salvadla.

ENR. (*cogiendo una mano de Clarisa, dice ap.*) Maldicion! Ha faltado á su palabra! (*mirando atentamente.*) Oh! no me engaño, no, su corazon ha latido fuertemente... su sangre se ha enardecido, y sus labios se han alterado.

JOR. Y bien?

ENR. Dad gracias al cielo.

JOR. Conque se ha salvado! (*se arrodilla junto á Clarisa.*)

ENR. Si, Dios se ha dignado permitir que no seais un asesino!

JOR. (Gracias, Dios mio! Ahora protegedme á mí... Esta noche marchó para las rocas de Sonoma!) (*vase por el foro derecha, en tanto que Enrique cuida de Clarisa.*)

ACTO TERCERO.

Una gruta abierta en el fondo de un valle pintoresco, cercado por montañas; esta bóveda formada de rocas tapizadas de plantas y de musgo, tiene otras dos salidas, la una á la derecha y la otra á la izquierda, las dos en último término y en el primero. Se llega á la una y á la otra por unos escalones formados en las mismas rocas. La entrada de la izquierda conduce á lo bajo de la montaña; y la de la derecha figura comunicarse con otra gruta. En el fondo se eleva una tumba formada de varias piedras toscamente colocadas. Una cruz está sobre esta

tumba. La gruta, situada en una grande altura, domina las llanuras; y el camino que parte de su abertura principal es una rápida pendiente.

ESCENA PRIMERA.

ARIANIGA y CARMEN.

(Se vé á los dos de pié, en la gruta, apoyado el uno contra el otro, y los ojos vueltos hácia la montaña. Arianiga viste como en el acto anterior. Carmen lleva túnica roja; encima una saya mas larga y sumamente sutil. Sus largas trenzas, cubiertas de oro y de coral, flotan libremente, y el rebocillo ó manteleta que cubre su cabeza, cae descuidadamente, á largos pliegues, sobre sus espaldas desnudas.)

ARIA. Hermana mia, mi bella Carmen, déjame contemplar un instante esas montañas risueñas y brillantes. Aquí, en presencia de esa austera grandeza de los desiertos, es únicamente donde siento que lo olvido todo!

CAR. (*bajando á la escena.*) Antes de rayar el alba, Andrés mio, abandoné nuestra cabaña de la pradera, y vine sola, trepando por las rocas de Sonoma, y dirigiendo mis ojos á cada instante, por si lograba descubrirte en el camino, para correr y abrazarte... Pero cuánto has tardado, hermano! Ya me empezaba á entristecer, presagiándome algun acontecimiento desagradable ó funesto.

ARIA. Ya ves como no ha sido así, Carmen; tranquilízate, y ante todo, saludemos esas humildes piedras, y ese lozano musgo, que cubren los venerables restos de una alma piadosa... de la que tanto nos amó!

CAR. (*inclinándose hácia la tumba.*) Buena madre, la voz que se ha dejado sentir en este instante, es la de vuestro primogénito, la de Andrés mi hermano; regocijaos en él, porque ni la distancia ni la fatiga le han impedido venir á arrojar una lágrima de reconocimiento, sobre el sepulcro de la que le dió el ser!

ARIA. Si, si; madre mia; cinco veces he venido á estos sitios, desde el dia en que el cielo os llevó á vivir entre sus ángeles; hora desgarradora, en que sentí espirar sobre mis labios vuestro último aliento; el tiempo ha traído este funesto aniversario, y nunca he dejado de venir á llorar y rogar por vos en vuestro eternal lecho!.. Oh!.. pobre madre!.. De cuantas penas os ha librado el cielo! Al fin no habeis visto nuestros desiertos invadidos, nuestros retiros violados! Nuestras arenas y nuestros tesoros antes confiados á corazones puros, bajo el poder de manos sacrílegas y profanas. Todo esto, madre mia, lo están contemplando vuestros hijos; de tanta iniquidad es testigo vuestra Carmen, la hermana de mis entrañas.

CAR. Verdad es, hermano mio; así lo dicen los indios que llegan de todas partes; todo el país está cubierto de europeos y carabanas.

ARIA. Y cada dia esos bárbaros abanzan mas y mas hácia el interior de nuestros desiertos, desafiando al sol, para arrancar de las entrañas de la tierra el oro, y para sembrar á su vez lo que ellos llaman la civilización.

CAR. (*como elevada.*) La civilización! ARIA. Carmen, antes que fijar tus castas miradas en el espectáculo de esa civilización triunfante, que ostenta sus vicios, sus crímenes, sus pasiones vergonzosas y sus odios desgarrado-

res, antes, Carmen mía, quisiera verte a mis pies moribunda.

CAR. Sin embargo, hermano mio, todos los hombres que vienen de los países civilizados, no son criminales ni viciosos; también los hay caritativos y generosos... sobre todo, hay uno cuyo corazón noble y desinteresado...

ARIA. De quién hablas?

CAR. De aquel que tanto te gustaba que hablásemos; del que curaba a los indios... de Enrique Desrochés.

ARIA. Silencio, no pronuncies ese nombre; al menos que yo no le oiga.

CAR. Por qué, hermano mio?

ARIA. Calla, calla; existen cosas en el mundo, que las piedras de esa tumba deben ignorar; mira, hermana; estoy muerto de fatiga, y a más tengo el brazo herido por la flecha de un indio...

CAR. De un indio?

ARIA. Si; una flecha perdida, que por desgracia vino a mi.

CAR. Mas esa flecha, estará como todas envenenada?

ARIA. No temas; cuando me hirió ya había atravesado multitud de plantas, con cuyo contacto habrá perdido su acción.

CAR. Oh! no importa, es preciso que la cures.

ARIA. No tal; solo necesito reposo, tranquilidad para pedir a Dios que no me quite las fuerzas, y para estar pronto a defenderte.

CAR. A defenderme a mi? Y contra quién? No soy venerada y respetada por cuantos habitan el desierto? Vamos, Andrés, retírate a esa otra gruta a descansar; mientras yo rogaré a Dios por mi madre y por nosotros.

ARIA. *(besándola la frente.)* Piadosa criatura, el cielo te salve; y vos, madre mía, admitid la nueva ofrenda de ternura que a vuestros yerros despojos he venido a consagrar; descansad tranquila en ese ignorado y tosco sepulcro, que el amor de vuestro hijo, el rey de las arenas de oro, ha fabricado por sus propias manos, y regado con lágrimas de amargura; descansad en ese lecho que sirve de puerta a un tesoro que os dedico, y al que ningún mortal osará llegar. Y tú, Carmen mía, vela a su lado, y ruega sobre él, no olvidando que el tesoro extraído de la tierra, tarde ó temprano a ella vuelve; mas la plegaria que el cielo te inspire, oh! Carmen, derecha volará al cielo. *(vase por la derecha.)*

ESCENA II.

CARMEN, sola.

Perdonad, madre mía, perdonad; mas entre vos y mi alma, existe un nombre, un recuerdo que no puedo desechar!... Qué habrá querido decir Andrés, al hablar de Enrique? Enrique! Será mi destino el no volverte a ver, como lo ha sido el que no te haya olvidado desde la sola vez que te vi?... Andrés tenía la vista amenazadora, terrible; oh! quiero rogar con igual fervor que Enrique lo hacia; con el mismo afecto que me dijo: Adios, Carmen... Adios!... *(se arrodilla.)*

ESCENA III.

CARMEN, CRISOSTOMO, luego CLARISA y FERNANDA.

CRIS. *(apareciendo en lo alto de la entrada de la iz-*

quierda, marcha con precaución y miedo.) No se oye nada!.. Calla!.. Una gruta!.. Que sitio tan fresco y tan agradable... aunque mal amueblado, pero siempre vale esto mas que la desnuda roca... y sobre todo, que la abrasadora roca, que según creo está a cuarenta grados de Reaumur. *(mas alto.)* Por aquí, señoras, por aquí.

CAR. *(levantándose.)* Una voz!..

CRIS. *(dando la mano a Fernanda, y esta a Clarisa.)* No tengais reparo, como si estuviéseris en vuestra casa. *(las dos vienen en traje de amazona.)*

FER. A fé mía, que si esta caverna es el domicilio de alguna hiena ó leon, no tendremos que preguntar de qué mal hemos muerto; este imbecil de Crisóstomo nos ha traído por lo mas estraviado.

CRIS. Deciais que si seria este el domicilio de alguna hiena ó leon? No es mal leon con faldas el que tenemos a la vista! *(con fatuidad.)* Con tal que me arremetiese... *(Carmen quiere huir.)*

CLA. *(a Carmen.)* No temais, hija mía; nosotros pertenecemos a una carabana que viene al pie de vuestras rocas; hemos entrado aquí, porque no sabiendo qué dirección tomar, nos hemos estraviado.

FER. Señora, creo que no comprenderá...

CAR. Vuestro lenguaje? No creais que me es del todo desconocido.

CLA. De veras?

CRIS. Calla! Parece que esta hija del desierto ha recibido buena educación!

CAR. Si estais fatigados, descansad; que en seguida os pondré en el camino que busqueis.

FER. Que buena criatura es!.. Si os dijese que muero de sed...

CAR. Si? Mirad, aquí cerca hay un manantial sumamente fresco y cristalino, a cuyo pié tengo depositado un vaso de leche de coco, y os le voy a traer, solo os suplico que mientras os dejo solos, procureis no hablar muy fuerte, porque a dos pasos de nosotros descansa un herido, y en este otro sitio, *(señala el sepulcro.)* reposa un cadáver. *(vase lentamente por el fondo)*

ESCENA IV.

CRISOSTOMO, FERNANDA y CLARISA.

CLA. Una tumba!

CRIS. Decid mas bien, Fernanda, una gruta, una india, una tumba, un herido; esto me recuerda a Hernan Cortés.

FER. *(a Clarisa.)* Señora, mucho temo se enoje el señor conde por haber emprendido esta expedición sin su consentimiento.

CLA. De lo contrario, me hubiera sido imposible el vivir! Cuando me veo sola, mi imaginación se forja mil quimeras. Jorge partió al amanecer, acompañado de Tabasco y de su escolta, con el proyecto, según me dijo, de buscar un camino en la montaña, para pasar por él con sus caballos. Pero por qué han salido tan provistos de municiones y de armas? Van por ventura a batirse?

FER. Según dicen, esa parte de la montaña está minada de salteadores.

CLA. No es por eso solamente; algún otro proyecto les guía; por varias palabras que he podido sorprender, no será muy difícil que este sitio

sea el objeto de su expedición; no comprendo tanto misterio.

CLA. Yo también creo existe en su cabeza algún descubrimiento... Voy á ver si los diviso por alguna parte. (*trepa la montaña y desaparece.*)

FEB. Yo que vos, enferma como estais, hubiese permanecido tranquila en el Sacramento, con el doctor al lado.

CLA. Con Enrique? Oh! no; mejor ha sido seguir á mi marido; solo siento, que el excesivo afecto que me profesais; os haya obligado...

FEB. A viajar en vuestra compañía? No os arrepintais por eso; al contrario, me gusta viajar; y sobre todo, quiero también que Crisóstomo haga por saber el paradero del pobre Paulino, que desapareció en el incendio de vuestros almacenes. Lo único que sabemos de él, es que el gambusino le mandó poner en libertad, y que él, disgustado por haber venido á la California, tomó el camino de San Francisco.

CLA. Decidme, Fernanda, el día del incendio, que es lo que me sucedió?

FEB. En aquel día tuvisteis una crisis espantosa, una calentura nerviosa, de la cual os quedasteis dormida; á la mañana siguiente, supimos que aquel acceso que pudiera haberos sido muy dañoso, os fué, al contrario, muy favorable.

CLA. Efectivamente; jamás he tenido tanta actividad en las ideas, tanto vigor en mi sangre; mas este vigor; esta exaltacion me inquieta, me aterra; esto no es vida; esto es fiebre.

FEB. Fiebre! Os puedo asegurar que no teneis el menor sintoma de ella. (Oh! estas señoras son tan nerviosas! Digo, somos todas tan nerviosas!)

CLA. (*yendo hácia el sepulcro.*) Una tumba!.. Dichoso el que reposa tranquilo dentro de ella!

ESCENA V.

FERNANDA, CARMEN Y CLARISA.

CAR. (*trae un baso, y lo deja al entrar.*) Varios hombres á caballo suben por el sendero que conduce á esta peña; quizás vengan en vuestra busca.

CLA. Decidme, hija mia, es algún pariente vuestro el que reposa en esa tumba?

CAR. Es mi madre!

CLA. Su madre! Y cómo os llamais?

CAR. Cármen.

CLA. Pues bien, Cármen; dejadme arrodillar ante esa cruz. Las almas de los difuntos, son el mensajero divino de la oracion.

ESCENA VI.

Dichos, CRISOSTOMO Y TABASCO.

TAB. (*desde fuera.*) Decis, Crisóstomo, que esta gruta encierra una tumba? (Entonces no cabe duda que aqui está lo que buscamos.)

CRIS. Qué diantres tendrán que hacer aqui?

TAB. (*á uno que le sigue.*) Llamad al señor Conde. (*viendo á la Condesa.*) (La señora Condesa aqui! Buena la hemos hecho!)

CLA. Buscabais esta gruta?

TAB. Y no nos ha costado poco el hallarla! Hacemos de catorce horas que andamos errantes por esas montañas, sin poder dar con ella. Mas viniendo á otra cosa; creo, señora condesa, que vuestro esposo ordenó que no nos siguierais.

CAR. Señora, qué dice ese hombre? Por qué busca esa tumba?

CLA. Lo ignoro; mas aqui viene el conde... él nos dirá.

CAR. Cielos! Hombres armados!

ESCENA VII.

Dichos, JORGE Y HOMBRES DE SU ESCOLTA.

JOR. Vos aqui, Clarisa?

CLA. Por qué os sorprendéis y tomáis ese aire amenazador?

JOR. Retiraos de aqui, Clarisa; dos de mis criados os acompañarán hasta el pie de la montaña.

CLA. Y por qué me he de separar de vos? Nos volveremos juntos.

JOR. Ya os lo he dicho, y ahora os lo suplico; obedecedme, Clarisa.

CLA. Pero Jorge...

CAR. Señora, por Dios os lo suplico; no os vayais de aqui!

CLA. No temais, hija mia; esos hombres están á las órdenes de mi esposo, y si intentasen la menor cosa...

CAR. (*cada vez mas aterrada.*) Yo os lo suplico, detenedlos.

CLA. Pero qué temeis?

CAR. Oh! vienen á destrozár ese sepulcro, á derribar esa cruz!

CLA. (*yendo junto al sepulcro.*) Oh! No venis á eso, Jorge, no es verdad?

CAR. (*mirando al Conde.*) Veis, vuelve la vista; ah! no olvidéis que habeis orado al pie de esa cruz, junto á esa tumba!

JOR. (*palideciendo.*) Dios mio!

TAB. Amigos, la turbacion y ruegos de esa muger nos dicen claramente, que el señor conde tenia razon, y que derribando ese peñasco... (*los rascadores hacen un movimiento.*)

CAR. Deteneos!.. Mi madre está ahí!.. Oh!.. Andrés, Andrés, pronto, ven... el sepulcro de nuestra madre va á ser despedazado, profanado!

ARIA. (*desde fuera.*) Me llamas, Cármen? (*aparece en la gruta.*)

CLA. (*Arianiga!*) (*señal de horror en todos los presentes.*)

TAB. (*á media voz.*) Está solo, y herido; ahora es nuestro! (*al conde.*)

ESCENA VIII.

Dichos, ARIANIGA, CARMEN.

ARIA. (*entrando.*) Tabasco, el señor conde de Montealegre, Clarisa!.. Es esto un sueño? Hermana mia, qué es lo que quieren?

CAR. Oh!.. no lo sé .. pero al subir por la pendiente, preguntaban por la tumba de nuestra madre.

ARIA. Es cierto eso, señor conde?

JOR. Y por qué no?

ARIA. (*avanzando.*) Eh! que habeis dicho?

JOR. Tú me has provocado, y vengo á ti... Ea, Tabasco, Kentucky, todos vosotros... abrid pronto ese sepulcro, y sacad el oro que en él se encierra!

ARIA. (*aterrado.*) Oh! un arma, un puñal! Asesinos! Cobardes!..

CLA. (*yendo á el Conde.*) Conde de Montealegre, sois un villano!

JOR. Alejaos de aquí! pronto, Clarisa (los rascadores se lanzan à la tumba, Ariániga se pone ante ellos.)

ARIA. Deteneos!.. Si, si, ya os comprendo; porque estoy desarmado, herido!.. Bien, escuchad, vosotros venis à buscar oro, no la tumba de mi madre, no es así? Pues bien, yo os indicaré un sitio, en el que hallareis cuanto vuestra codicia apetezca; es verdad que aquí hay oro, pero no es mas que un poco, y ese mezclado con las cenizas de mi madre. (arrodillándose.) De mi madre querida, de la que me dió el ser; no creo que seais tan tiranos, que no escuchéis los lamentos de un hombre, que está à vuestros pies implorando misericordia; no para él, sino para los restos de su venerable madre!.. Y tú, Tabasco, que tienes una madre, no te compadesces de mí?.. Y vosotros todos, que la tendreis ó la habreis perdido cual yo, ¿no respetais las cenizas de la mia?.. (sofocado.) Ah! sois unos infames, traidores!.. Madre mia!.. Madre mia, que esos viles os van à insultar! Desapareced pronto! (cayendo en tierra.) Dios mio! Dios mio! Sacadla de ahí!

TAB. (à Jorge.) Qué es eso, vacilais? Mirad que mas vale pájaro en mano que buitre volando. Ea, manos à la obra, y el tesoro es nuestro. (esto aparece Enrique, y oye las últimas palabras.)

ESCENA IX.

Dichos y ENRIQUE.

ENR. Deteneos, Conde de Montealegre.

CAR. (El es! mi Enrique!)

ENR. He seguido vuestros pasos, señor Conde, y no osareis llegar à esa tumba; os lo prohibo.

JOR. Tal audacia!

ENR. No, no hareis tal; porque esa accion mancharia el nombre que llevais, y el de vuestra esposa. Porque vuestro honor es el suyo, y el honor de Clarisa es el mio! Sabedlo, señor Conde. (se coloca entre Clarisa y Jorge.)

JOR. Su honor el vuestro!

CAR. (La ama!)

JOR. Esa confesion será vuestra ruina!

ENR. (amenazándole.) No, porque estoy armado.

CLA. (poniéndose entre los dos.) Deteneos! Oh! ya no es tiempo! (mientras las amenazas precedentes, los trabajadores demuelen el sepulcro y dejan salir una lluvia de arena mezclada con oro.)

TAB. Dios poderoso, aquí hay millones.

CLA. Señor Conde, escoged entre ese oro y vuestra esposa.

JOR. Clarisa!.. (vacila, vuelve la vista al oro, y este le exalta: dá un grito feroz, y se arroja sobre él.)

Ah! El oro... ese oro es mio!

CLA. Oh! desesperacion!

ACTO CUARTO.

Riveras agrestes de uno de los grandes lagos de la California; al fondo se divisa la superficie del agua de dicho lago, en la cual se reflejan las montañas. A derecha y à izquierda pinos silvestres y demas árboles corpulentos.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, un hombre de su comitiva, y luego ENRIQUE.

JOR. (dándole pistolas à José.) José, tomad esas pistolas, y marchad à esperarme ahí cerca, detrás

de ese esposo pinar que habeis visto al venir; silencio, que oigo pasos; ya se acercan. (sube y mira hacia la izquierda.) El es! (à José.) Idos donde os he dicho! (vase José por la derecha, y mientras Enrique viene por la izquierda.)

ENR. Me habeis citado, señor Conde.

JOR. Si, junto al lago de los Sicomoros.

ENR. Pues ya me teneis aqui; qué quereis mandarme?

JOR. No lo adivinais?

ENR. Sobre poco mas ó menos... Sin embargo, explicaos.

JOR. Sabed que lo que quiero es, que uno de los dos, uno solo, lo entendeis, salga vivo de este sitio.

ENR. Conque segun eso, quereis un duelo?

JOR. Si, pero un duelo à muerte; solo me quedan diez minutos para mataros ó para morir; conque así, preparémonos; à dos pasos de aqui tenemos armas; venid.

ENR. Tengo antes una palabra que deciros.

JOR. Nada de explicaciones. Me habeis insultado, y basta. Habeis hecho de vuestro amor hacia Clarisa, una de esas confesiones que no solo despedazan el corazon, sino que manchan torpemente el rostro. Nada mas quiero saber; y por mucha que sea vuestra audacia, vuestra cobardia...

ENR. Y sois vos quien habla de cobardia! Ved lo que decís, qué mas cobardia que la de aquel hombre, que teniendo tras si veinte carabinas, y delante un desgraciado sin defensa, aprovecha los instantes de esta ventajosa posicion para destrozár una tumba; y extraer de ella el oro y las reliquias de un huérfano? Señor Conde, hay palabras que la boca jamás debe pronunciar!

JOR. (alzando la carabina.) Me injuriais! Sin duda lo que vos quereis no es un duelo, es un asesinato!

ENR. Porque sabia que me amenazarias así, por eso he venido sin armas.

JOR. (arrojando bruscamente su carabina.) Veamos, qué me quereis?

ENR. Nada; vos me ofreceis un duelo, y yo no le admito.

JOR. No le admitis? Ah! olvidé que me las habia con un hombre filósofo. Ya se vé, los filósofos no se baten. (con violencia.) Señor doctor, es preciso que yo me vengue, y me vengaré.

ENR. Tambien teniais que vengaros de Ariániga. Por qué no le habeis propuesto, como à mi, un duelo à muerte? Sin duda el interés os guia hasta en la eleccion de vuestra venganza! Segun eso, debo de suponer, que si yo hubiese tenido como Andrés, dos mil libras de oro ocultas bajo unas piedras, no hubiera sido mi vida, en verdad, la que hubierais querido arrebatar, sino mi tesoro.

JOR. (cóterico.) Conque os negais à batiros?

ENR. Si tal.

JOR. Resueltamente?

ENR. Si; pero tambien podeis hacer que no rehusé.

JOR. Hablad pronto, hablad.

ENR. No rehusaré el batirme con vos, cuando esa muger, en nombre de la cual pretendéis matarme, seais digno de defenderla, ó de morir por ella. No rehusaré, cuando ese honor, el vuestro...

tro, en nombre del cual venís con la amenaza en los labios, le hayais lavado de las torpes manchas con que se vé cubierto. No rehusaré, señor Conde, cuando ese oro que vais á compartir con vuestros compañeros, cuálsi fueseis un gefe de bandidos, lo hayais devuelto á Andrés Ariániga, el Gambusino, á quien traidora y vilmente se lo habeis robado. En fin, no rehusaré, cuando Ariániga haya recobrado su libertad, Clarisa su tranquilidad, y vos el nombre que en las Californias habeis mancillado... Entonces, me batiré con vos, señor Conde.

(Mientras el relato anterior, la Condesa aparece acompañada de Fernanda; hace una seña á esta, y se retira; Clarisa baja á la escena, y se aproxima á Jorge y á Enrique.)

JOR. Tales condiciones ni escucharlas debí.

ESCENA II.

Dichos, CLARISA.

CLA. Y una súplica mia, la oiréis?

JOR. Clarisa!

CLA. Si, yo; yo que vengo á suplicaros y á deciros; (señalando á Enrique.) que bagais lo que de vos exige.

JOR. Que obedezca á ese hombre?... A vuestro amante?

ENR. Señor Conde!

CLA. Bien sabeis, que á pesar de la confesion de Enrique, puedo tranquila y serena alzar mi frente, y miraros cara á cara. Perdonad, Jorge; pensad que teneis que volver á Europa, á Francia, al punto donde gozosa os acompañaba, porque caminabais honrado y respetado; oh! quiero suponer, que todas vuestras torpezas, que todas cuantas iniquidades habeis cometido por estas soledades, queden aqui, donde nacieron; admito que me digais que no marchareis hasta haber logrado el silencio de los unos con el oro, y el de los otros, (señalando á Enrique.) con la sangre. Pero yo que todo lo sé, que todo lo he visto, que os he perseguido con mi vista, y que os seguiré con mi palidez, con mi abatimiento, con mi ternura muerta y silenciosa, yo, que seré vuestra conciencia... para hacerme callar... me comprareis, ó me matareis?

JOR. Basta, Clarisa, basta; os engañais, y no debéis juzgarme por las leyes del mundo. Un crimen, decís! En estos desiertos, en presencia de esos hombres bárbaros y salvajes, no se conoce lo que es crimen; solo existen las represalias, la venganza.

ENR. Hoy vivís en presencia de esos hombres; mañana estareis frente á vos mismo, señor conde de Montealegre.

CLA. Jorge, no me amas ya?

JOR. Por qué hablarme así, Clarisa?... Dios mio, ya no soy dueño de mi voluntad; esos hombres que me han servido de escolta, y que guardan al Gambusino, me estan acechando.

ENR. Silencio; ved ahí dos de ellos.

ESCENA III.

Dichos, TABASCO, KENTUKY y CRISOSTOMO.

TAB. Perdonad, señor; vengo á deciros, que mis compañeros y yo, estamos resueltos á no seguir el camino que nos habeis trazado.

CON. Por qué?

TAB. No creais que es porque temamos á los indios, puesto que la vida del Gambusino nos responde de toda tentativa; lo que tememos es, á los buscadores de oro, esparcidos por el distrito de las minas. Son, por lo general, hombres poco escrupulosos, y poco tímidos, para que no bien lleguen á percibir el depósito precioso que existe en nuestras manos, vengan poseidos de la mejor fé y entusiasmo á dejarnos sin un grano.

JOR. Y bien, no sois veinte y siete hombres para defenderos?

TAB. Es que cuatrocientos mil duros hacen entusiasmar á cuatrocientos mil hombres de bien; no es verdad, Kentucky?

KEN. (con mucha calma.) Ya lo creo.

JOR. Y cuál es vuestra idea?

TAB. Irnos por el lado contrario, atravesando el gran valle que conduce á Puerto Diego.

JOR. Eso es imposible; desde aqui á Puerto-Diego no hay mas que precipicios y torrentes. Y la señora Condesa?

TAB. La señora Condesa, no llevando consigo nada que pueda escitar la probidad natural de esas gentes, puede seguir la ruta de Monterey; la daremos ocho hombres de escolta, y en paz.

JOR. Retiraos; lo pensaré.

TAB. (á Kentucky.) Calla, y lo quiere pensar!

KEN. (id.) Está dicho, vámonos

TAB. Salu, nobles señores. (vanse haciendo mil saludos.)

ESCENA IV.

Dichos, menos KENTUKY y TABASCO.

JOR. Ya lo veis... estoy en poder de esos hombres.

CRIS. (acercándose de pronto.) Tan en su poder, que Tabasco y sus amables camaradas tienen ya ensillados sus caballos, para marchar cuando menos lo penseis; han hablado, no ha instante, de llevarse todo el oro, sin deciros una palabra.

JOR. Será cierto?

CRIS. Habeis de saber, que su situacion es muy critica... sumamente critica! Se dice que Carmen, la hermana del Gambusino, vaga por estas selvas con varios Indios. Ois?... Con Indios nada menos.

ENR. Creedme, señor Conde; id á ver á Ariániga; tendedle vuestra mano, devolvedle la libertad, y decidle que renunciáis á su oro, y que estais dispuesto á acompañarle, si es preciso, con vuestra escolta; si acepta, os habeis salvado.

CLA. Qué dices á eso, Jorge?

JOR. (Cuatrocientos mil duros!.. Abandonar de ese modo ocho millones!) Pero tú, Clarisa, me volverás tu amor?... Y vos, Enrique, la dareis vuestro último adios? No la volveréis á ver?... Lo olvidareis?

ENR. Todo, menos una cosa; (dándole la mano.) y es el que nuestras manos se han unido.

JOR. (apretándose la.) Pues bien, sea como que-reis; voy á ver á Andrés, á ofrecerle la paz, á devolverle su tesoro, y si Tabasco resiste, desgraciado de él. (coge su carabina y sale precipitadamente)

CRIS. (siguiéndole.) Veremos desde lejos el espectáculo.

ESCENA V.

ENRIQUE, CLARISA.

ENR. Tiene razon; el instante de separarnos llegó ya.

CLA. Enrique, no os olvidaré hasta la muerte, y quizás mas allá.

ENR. Clarisa, es verdad que no os volveré á ver; pero marchó tranquilo, porque os veo completamente restablecida, con mas ánimos y mas energía que cuando salisteis de Francia. Dios desmintió mi ciencia; estais mas hermosa que nunca, aunque bastante pálida... En cuanto á Jorge, le hemos completamente salvado. Todo se os prepara para lo venidero; por lo tanto, ya os soy, sino inutil, al menos innecesario.

CLA. Y quien os dice que no ocupareis desde hoy un sitio en mi memoria, en mi felicidad? Oh! separarnos ya, interponer entre ambos la mitad del mundo!.. Cuánto mejor hubiera sido no habernos vuelto á ver!

ENR. Qué decis, Clarisa?

CLA. (*yendo á la izquierda.*) Nada, nada; partid, alejaos de mi! Que vuestro nombre no llegue á mis oídos!.. Quiero reposo, calma, olvido!

ENR. Olvido!.. Y no ha un minuto que deciais que no me olvidariais!

CLA. Oh!.. no lo deseais..

ENR. Clarisa...

CLA. Os lo suplico, si es que me amais.

ENR. Que si os amo, decis ahora?

CLA. Pues bien, partid, partid pronto.

ENR. (*resuelto.*) Adios, puesto que asi lo quereis; adios, y no os acordeis mas de mi. (*va á salir.*)

ESCENA VI.

Dichos, FERNANDA, y luego CRISOSTOMO.

FER. (*corriendo.*) Señora condesa, señora condesa!

CLA. Qué tienes? Qué vienes á anunciarme?

FER. Que ya partió.

CLA. Qué dices!

FER. Que ya se fué, llevándose consigo á Arianiga, el tesoro, y á ese infernal Tabasco.

CLA. Con que ha huido Jorge? Imposible! Te engañas.

CRIS. (*llega lentamente, mientras aparecen los ocho hombres que han de escoltar á la Condesa.*) No tal, señora condesa, que es cierto y muy cierto.

CLA. Cierto!

CRIS. Ha faltado á su palabra completamente.

ENR. (*á Clarisa*) Puede que aun sea tiempo... voy...

CRIS. (*deteniéndole.*) Es inútil, señor mio, porque ni los distinguireis siquiera. Nuestros caballos nos esperan; esos son los hombres que nos han de acompañar.

ENR. Pero explicaos...

CRIS. Poca explicacion necesita. Cuando el conde llegó, Tabasco y su gente estaban ya montados, é iban á meter espuelas á los caballos; acababan de ligar fuertemente al Gambusino. El conde, al verlo, dió un paso hácia él, para hablarle sin duda; entonces dije yo: ahora empieza la funcion. Pero al instante de acercarse el señor conde á Arianiga, uno de los mulos que iba cargado de oro, se interpone en-

entre este y aquel, cuenta el conde sin duda los sacos de tan seductor mineral, y de repente vuelve la cabeza á un caballo que iba libre, lo monta, dá la señal de marcha, y pies para qué los quiero. Aquello fué ni oido ni visto.

FER. Verdad es que iba sumamente pálido.

CLA. Y es posible que el hombre á quien he seguido fiel y constante, el hombre con quien me unen lazos indisolubles, ese hombre débil y cobarde, me abandone y me desprecie? (*aparece Carmen en el foro, detrás de los árboles, envuelta en su capa.*)

ENR. Sosegaos, Clarisa!

CLA. Enrique, ya no me queda otro protector ni otro guía en estos desiertos que Dios y vos; espero que como caballero, amparareis á la muger que amais.

CAR. (*con amargura.*) (Que ama!)

ENR. He oido bien, Clarisa mia?

CLA. Vosotros, amigos míos, juzgadme en vuestro interior; y decid si quereis acompañarme.

FER. Señora... (*la abraza.*)

CLA. Partamos para Monterey, y el cielo nos ampare. (*vase y Enrique.*)

FER. (*á Crisóstomo.*) Dios quiera que por las balas que llueven, y por los indios que por ahí vagan, la señora condesa no pierda muy pronto el apellido de Montealegre, y tome el de Desrochés.

CRIS. (*suspirando.*) Y cuándo se realizarán nuestras esperanzas?

FER. Asi que llegemos á Monterey. (*vanse y los hombres de la escolta.*)

ESCENA VII.

CARMEN, y los indios de la tribu de los Apaches.

CAR. (*saliendo.*) Le ama, y no tiene rubor en confesarlo! (*los indios aparecen atravesando los zarzales y breñas, y vienen á agruparse al rededor de Carmen; esta se dirige á ellos bruscamente.*) Escuchad; ya os he comunicado las ordenes de vuestro señor; la hora de cumplirlas ha llegado. Obedeced al punto. (*los indios prorumpen en gritos salvajes, agitan sus arcos y carabinas, y se van por donde salieron Clarisa y Enrique.*) Ella de él! Ella! (*con gesto amenazador.*) Apresúrate á gozar toda tu dicha, que ha llegado el momento de terminarse para ti! No estaba Arianiga tan bien guardado que no me haya sido posible verle y hablarle; si, le he visto. Infame ó inocente, me dijo, que muera... Tiene razon; toda esa raza maldita debe morir, porque todos han venido, los unos para violar nuestros sepulcros, los otros para desgarrar nuestros corazones! Las calamidades y desgracias que sufrimos, todas han venido de ellos; de esos seres que se dicen civilizados! Qué importa que se llame Enrique ó Montealegre? Todos son nuestros verdugos... Bien dice Andrés, es preciso vengarse... Ahora veremos de quién eres! (*se oye rumor.*) Ya está aqui Enrique!

ESCENA VIII.

Dicha, ENRIQUE y los indios.

ENR. Carmen, vos aqui! Ha sido por orden vuestra, por la que estos indios han atacado y dispersado nuestra escolta, separándome de la

- condesa? Ved que hay una vida que responde de la de Clarisa, no olvideis que Andrés está en poder de Montealegre, y que cuando el conde sepa...

CAR. El conde nada sabrá, los hombres de vuestra escolta estaban ganados por mi, y si ven al conde, le contarán de otra manera lo sucedido.

ENR. Pero Clarisa, á quien habeis arrancado de mi lado, dónde está?

CAR. Esa muger por quien me preguntáis, estará mañana bajo el amparo de Arianiga, porque mi hermano será ya libre.

ENR. Qué dice, Dios mio! Y no poderla socorrer! Escuchadme, Carmen; vos sois joven, bella, y tendreis piedad de una muger... Bien sabeis que no es culpable.

CAR. Si, pero os ama.

ENR. Y eso, es un crimen?

CAR. (con sonrisa sardónica.) Un crimen, no; pero es vuestra sentencia de muerte!

ENR. Carmen, no os comprendo!

CAR. No o dudo, porque desde el dia en que me dejaste is, no me habeis vuelto á mirar.

ENR. Qué veo! Lágrimas en vuestros ojos?

CAR. Si, lágrimas que corren hace tiempo; pero tranquilizaos, pronto van á cesar.

ENR. Por qué llorais?

CAR. Por qué lloro! Ah! yo no sé espresarme en el lenguaje de las mugeres civilizadas y engañadoras, y tal vez os diga palabras que nunca habreis oido... pero la santisima Virgen creo que me las perdonará! Oid... Hace un año que os presentásteis en nuestra cabaña, me tomásteis la mano, y preguntando mi nombre, me digisteis: «Carmen, acordaos de mi, porque vuestra imágen existirá eternamente grabada en mi corazon!...» Despues, cuando os marchabais, me digisteis: «Hasta luego, Carmen, porque pronto volveré á veros.» Pues bien, desde ese dia no he cesado de esperaros; y á medida que los dias pasaban sin veros, me parecia que una de las estrellas del cielo se eclipsaba y se moria.

ENR. (con emocion.) Carmen!

CAR. De ese modo, las tinieblas se apoderaron de mi corazon; pero en el seno de la noche sobrevivia una luz... vuestro nombre! Una esperanza me quedaba... volveros á ver!.. Toda mi alma, mi vida, se refugió en un solo recuerdo; en una promesa; y lo mismo que el horizonte se engrandece á medida que se aleja... conforme pasaban los dias, cada vez ocupabais mayor espacio en mi memoria... os apoderabais de una manera indecible de mis pensamientos, de mis sueños y mis deseos! Vos haciais agradable mi soledad; y ante las cosas mas bellas y mas santas, entre yo y las flores, entre Dios y yo... solo existiais vos.

ENR. Será cierto, Carmen? Con que esas lágrimas, esas penas, esas angustias, esa ternura desconocida y ese amor ignorado... Ah! lo comprendo todo! El cielo me reservaba el castigo de imprimir en vuestra alma, los mismos tormentos que han causado mi desesperacion! Ah! Carmen, perdonadme! Yo tambien amo, y con toda la energia de mi corazon!.. Bien sabeis...

CAR. Todo lo sé!.. Sé que no me resta en el mun-

do ni la mas ligera sombra de esperanza!.. (con dolor.) Ya no hay dicha para mi!

ENR. Perdona á Clarisa... perdónala! Mira que no liene quien la proteja y la defienda.

CAR. Defenderla!.. Contra quien, contra mi hermano?

ENR. Dios piadoso!

CAR. Creéis que os dejaria ser por mas tiempo el verdugo de mi hermano y mio? Amar vos á quien mi hermano idolatra! Ser Clarisa quien mi desdicha labra!.. Basta ya de sufrir! (con energia, á cuyo tiempo se van acercando los indios.)

ENR. Cuáles son vuestros designios? Hablad!

CAR. Existen en la tierra destinos fatales... arcanos que no le es dado descubrir al hombre!

Si, Enrique; vos sois una sombra ante el sol de Arianiga, y es preciso que la sombra desaparezca para que el sol brille de una vez... (se acercan mas los indios.)

Rival afortunado de mi hermano, vos que amais á esa muger que tan desgraciada me hizo, es preciso degeis de existir!.. Vos amais, y yo tambien amo!.. Dos amores eternos é inexorables!.. Es preciso morir! Y yo que no vivia sino por vos .. dejaré de existir tambien! (los indios se apoderan de Enrique, el cual se escapa y viene á los pies de Carmen.)

ENR. No, vos no lo permitireis, es verdad? Carmen, miradme á vuestros pies; ved que os hablo en nombre de ese amor que me habeis confesado; (cada vez con mas fervor.) en nombre de esa Virgen á quien pediais; en nombre de vuestra anciana madre, á quien Clarisa y yo defendimos en su tumba!.. Carmen, concededme la vida, esta vida que ayer hubiese sacrificado sin reparo á la menor señal... al menor mandato! Esta vida que ahora necesito...

CAR. Para ella, no es asi? Para Clarisa! (con sarcasmo.)

ENR. Carmen, piedad!

CAR. La habeis tenido acaso de mi amor? No!... Vais á morir y yo tambien! (le cogen los indios.) Adios, Enrique, adios para siempre! Nos veremos, si, pero será en la tumba! (los indios alzan las achas sobre la cabeza de Enrique y Carmen saca un puñal para asesinarsse con él; gritos y voces de los indios, cae el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Sitio salvaje, formado de precipicios y de rocas perpendiculares. En primer término, una especie de choza india, formada de bambús toscamente reunidos; esteras embarradas y forradas de yerbas y juncos, forman las paredes y el techo. Esta ocupa las dos terceras partes de la escena, de derecha á izquierda, y se abre lateralmente sobre un sendero practicable que se vé subir y perderse tras una roca. Al fondo una pared caída deja ver la boca de un precipicio, sobre cuya orilla hay otro sendero mas estrecho y peligroso que el primero; pero sin embargo practicable. En el interior las piedras sirven de asiento; un tronco de árbol caido, sirve de mesa; en el rincon de la derecha, primer término, hay una estera estendida, sobre la cual está echado el Gambusino.

ESCENA PRIMERA.

JORGE, TABASCO, KENTUKI, ARIANIGA, atado.

(Los hombres de la escolta están fuera de la choza acostados sobre sus mantas y pintorescamente ordenados sobre el sendero.)

JOR. Os he ofrecido una tercera parte para vosotros y vuestros compañeros; todo está pesado y calculado; tenemos ocho sacos de los cuales contiene cada uno cien libras de oro. La cuenta ya está hecha; os toca para todos cuatro mil doscientas sesenta y seis onzas.

KEN. Esa es nuestra parte; mas el precio del trabajo es aparte.

JOR. Qué decis?

TAB. Sin duda, noble señor, sois demasiado justo para no considerar que somos vuestros asociados. Además, hemos tenido el alto honor de servirlos de escolta, á vos y á la señora Condesa desde el Sacramento hasta Sonoma, y desde Sonoma hasta el lago de los Sicomoros; luego hemos acompañado á vuestra señoría desde la laguna hasta aquí, que no hay mas que una jornada para Puerto-Diego. Mil gracias daremos al cielo, señor conde, si nos permite llegar sanos y salvos hasta el término de nuestro destino. Despues que nos pagueis como asociados, pagadnos como á individuos de vuestra escolta, y tratadnos á mas como á valientes compañeros.

JOR. (Su política me aterra.) Sepamos que mas queréis.

KEN. Cuatro onzas de oro diarias para cada hombre.

JOR. Cuatro onzas!

TAB. (sacando una cartera.) Bien poco es, señor conde; vereis la cuenta; somos veinte y siete; aqui incluyo los ocho que han ido á acompañar á vuestra señora; no es justo pierdan el fruto de vuestra munificencia. Con que decíamos que somos veinte y siete; á cuatro onzas por dia, por espacio de diez y siete mañanas y diez y siete noches... Cuento las noches, porque hemos corrido el mismo riesgo y trabajo que por el dia; con que son treinta y cuatro dias por cuatro onzas, y esto multiplicado por veinte y siete individuos.. total.. tres mil seiscientas setenta y dos onzas de oro.

JOR. Cómo! Con que la tercera parte que convinimos, sube ahora á mas de la mitad?

KEN. Solo queda el pago de los viveres y demas gastos ocasionados.

JOR. Todavía mas? Eso es un robo, un asesinato!..

TAB. Un robo! Un asesinato! Señor conde, (con calma) no digais tales palabras! Esas espresiones horrorizan á los cuervos que andan rodando en el fondo de esos barrancos.

JOR. (Tiemblo de espanto!) Acabemos de una vez...

TAB. Eso es, acabemos de una vez! Ya sabeis que todo lo que concierne á comer y á vestir en esa maldita California, está por las nubes; cada vez que uno se acuerda de que una libra de carne cuesta diez pesetas... que una taza de café lo menos ocho; una mala manta de lana ciento ó ciento veinte pesetas; unos botines ciento cincuenta ó doscientas; y sobre todo, los gastos que tenemos que hacer para presentarnos decentemente en San Francisco...

JOR. Basta de cálculos... ¿cuánto me queréis robar aun?

KEN. Eh! Qué es lo que ha dicho?

TAB. (templando al otro) Déjame á mi; sabed, señor conde, que estais hablando con hombres de bien, que todo lo han abandonado por vos; sus bienes... sus familias... su tranquilidad; esto me parece que merece alguna recompensa; bien sabeis que yo era sargento desertor de la guarnicion de Méjico; mi compañero (por Kentuki) maestro de primeras letras; en fin, todos teníamos una posicion honrosa.

JOR. (marchando) Está bien! Os aumento cien onzas, para que acabemos de una vez, y ahora mismo marchaos á Puerto-Diego.

KEN. Y la siesta?

TAB. Verdad es; esta es la hora de siesta, y bien sabeis que un mejicano no sacrificaría, ni aun por su vida, un minuto de este sagrado reposo. (va á la derecha y dá con el pié á Arianiga que está echado.) Eh! mirad al Gambusino como duerme...! (bajo.) A propósito, señor Conde, qué hacemos de este prisionero?

JOR. Una vez que la condesa ha llegado sin novedad á Monterey, tan pronto como atravesemos la costa de Puerto-Diego, le pondreis en libertad.

TAB. Cómo! Qué decis?.. Para que vaya de ceca en meca quitándonos nuestra reputacion!.. No tal; lo mejor es quitarlo de enmedio, y con eso un estorbo menos.

KEN. (meneándose como un tonto.) Dice bien Tabasco, señor conde; justamente estamos en un sitio extraviado, en el cual, antes que se descubra un cadáver, tiene tiempo para ser pasto de las fieras.

TAB. (con aire familiar.) Tiene algo de poeta este diablo de americano!

JOR. (Cada vez tengo mas miedo! Yo mismo no estoy seguro con estos hombres; voy á buscar mis pistolas.) (vase por la izquierda.)

ESCENA II.

TABASCO, KENTUKY y ARIANIGA.

KEN. Crees tú que le voy á dejar aqui, mientras la siesta, esos sacos? No pienses tal cosa.

TAB. (riendo) Tu temor me divierte; seiscientas libras de oro no se meten en cualquier parte; y sobre todo, estando á orillas de un precipicio... y todos los nuestros muy dispuestos, si es menester.

KEN. Es igual; pero creo que haríamos muy bien en arreglar este negocio entre nosotros mismos; porque el conde está bastante colérico con las pildoras que le hemos hecho tragar... y con las que le hemos sacado... y no haga el diablo que nos salude con un pistoletazo.

TAB. Tómalo! Tómalo! Para matarnos á todos, ya se necesita!

KEN. Verdad es; pero á los pobres á quienes dé la preferencia, no dejarán por eso de quedar muertos! Bueno sería, vive Dios, que estando á la vista de esos depósitos de oro, que están dando ganas de vivir por partida doble...

TAB. No temas, Kentucky; ya tengo tomadas mis precauciones.

KEN. Cuáles son?

TAB. Haberle descargado las pistolas, y extraer las balas de los cartuchos, sustituyéndolas con

otras de sebo.
KEN. Magnífica idea!
ARIA. (Jorge está desarmado! Los muy villanos me han servido sin saberlo ellos!)

ESCENA III.

TARASCO, KENTUKY, JORGE, ARIANIGA.

JOR. (con sus pistolas en la cintura.) Ea, dejadme reposar un poco.
TAB. Si, señor conde, nada mas justo... (vanse los dos murmurando entre sí.)

ESCENA IV.

JORGE, ARIANIGA.

JOR. Desde ayer todo es siniestro en estos hombres!.. Hasta su risa, su silencio!

ARIA. (levantando la cabeza.) Van á reposar una hora; sino aprovechais este tiempo para escaparos de aqui, estais perdido.

JOR. Ola! El Gambusino no dormia! Y quién me asegura que tú no estés metido con ellos en el complót?

ARIA. Si asi fuese, no hubiera interrumpido mi sueño para deciros que huyais pronto de aqui!

JOR. El mismo aviso te puedo yo dar, porque no ha un instante que estaban tratando de deshacerse de ti, asesinandote; los creo muy capaces de hacerlo!

ARIA. Lo sé, y espero que vos me defendereis.

JOR. Pudiste creer que yo defenderia al hombre que juró mi deshonra y mi muerte? Ya sabes que no fui yo el que te declaró la guerra; tú me la declaraste, y yo la acepté; el mal consiste ahora en que te encuentras en mi poder.

ARIA. Reflexionadlo bien, conde de Montealegre; pudiera tambien suceder, que vuestra esposa estuviese en mis manos á estas horas, por si acaso vos atentabais contra mi vida, pagase ella con la suya; bien conoceis el caracter de mis súbditos, aquellos no me aterran como á vos los vuestros.

JOR. Estoy tranquilo, porque mi esposa está segura y sosegada en Monterey; he recibido la noticia por uno de los que la fueron á acompañar.

ARIA. (El oro que mandé repartir, causó los efectos apetecidos!) Con que segun eso, no teneis que pensar mas que en vuestra seguridad?

JOR. Mi seguridad!.. No tal; no es mi vida en todo caso lo que ellos quieren; es mi oro, y en dejándosele...

ARIA. (rie.) Estaria de ver que el señor conde de Montealegre se hubiese tomado el trabajo de cometer acciones tan viles y bajas, por el simple placer de llenar de oro á una turba de bandidos!

JOR. Sabré defender lo que me pertenece.

ARIA. Una lucha?.. Ah! Señor conde, no hagais tal; tal vez tendriais la gloria de matar á uno ó dos, pero al fin sucumbiriais.

JOR. Tomaré otro partido, haré un sacrificio, ese oro que me ha perdido, ese oro que ha estrañado mi razon, se lo dejaré para que se lo repartan entre sí.

ARIA. Muy bien; lo que no os habeis dignado hacer por Clarisa, lo hareis por salvar vuestra vida.

JOR. Mi vida!.. Teme por la tuya, Arianiga. (después de un momento.) Escucha; no ha sido sino una secreta esperanza, como tú me has anun-

ciado, los peligros que me amenazan. Los dos corremos un riesgo; yo el de ser robado y saqueado de todo, y tú el de morir. Has comprendido que un interés comun podia hacernos olvidar á el uno las amenazas y el reto, y á el otro la venganza, y por eso has hablado asi.. Tú debes haber recorrido, en todos sentidos y direcciones, este valle escabroso, y debes conocer los misterios de tanto abismo; si estuvieses libre, creo que huirias sin ningun trabajo del poder de tus enemigos. Existe alguna senda oculta, mina, ó vereda, por donde poder huir sin peligro de ser alcanzado? Responde, y al punto rompo las ligaduras que te oprimen.

ARIA. Ola! El señor conde cambió de idea? Y ese oro que queria abandonar hace un momento?

JOR. Arianiga, no perdamos el tiempo en vanas esperanzas é insultos; dime si puedes ó no huir.

ARIA. Lo puedo.

JOR. Por dónde?

ARIA. Nada por nada, Montealegre; quereis la vida, pues dadme la libertad.

JOR. (después de una pausa.) Me das palabra, que una vez libre, olvidarás el odio que me tienes, y que esta libertad que te devuelvo, no la emplearás en atormentarme?

ARIA. Os la doy.

JOR. Me basta. (le desata.) Habla ahora.

ARIA. (levantándose y enseñándole el fondo de la escena.) Veis ese barranco?

JOR. Si... un precipicio profundo, sin salida, y frente á la roca próxima á desprenderse.

ARIA. Veis allá bajo, en el fondo, una piedra roja, larga y aplastada, rodeada de juncos?

JOR. La veo.

ARIA. Pues esa piedra, que con la mayor facilidad se levanta, cierra la entrada de una bóveda abierta entre las rocas, y que atraviesa la montaña en linea recta.

JOR. Estais seguro?

ARIA. Andrés Arianiga jamás mintió! Esa bóveda, cuyo origen se remonta mas allá de las grandes guerras de la Conquista, me ha servido mas de una vez para salvarme de la persecucion de feroces bandidos.

JOR. Entonces manos á la obra; tiremos primero los sacos!

ARIA. (tristemente, mientras que Jorge tira uno por uno los sacos al barranco.) Cuanto deben pesar!

Apenas dejasteis nada de lo que habia en la tumba! En la tumba! Oh! De todo os apoderasteis en vuestra furiosa codicia, hasta de las cenizas de mi madre!

JOR. Ya no faltan mas que dos.

ARIA. (con risa sardónica.) Y la parte de esos hombres?

JOR. Cuál, la de esos asesinos?

ARIA. Lo mismo lo merecen ellos que vos. No han sido vuestros cómplices?

JOR. Acaban de quererme robar.

ARIA. Y vos los robais á ellos, en pago de sus deseos!

JOR. Ya fue el último. (lo arroja.) Callaos ahora!

ARIA. Que me calle decis? (sardónicamente.)

JOR. Me has dado tu palabra; de lo contrario, considera que estoy armado.

ARIA. Quereis que os ayude á cometer otro crimen? Eso no os lo he prometido, señor conde.

JOR. Lo harás así, porque tu vida me pertenece.
 ARIA. Y la vuestra, á quién pertenece? Si des-
 -pierto á vuestros cómplices y les digo que les
 -estais robando...

JOR. (armando sus pistolas.) Oh! no hareis tal!

ARIA. Lo haré, porque con solo descubrirnos me
 -salvo. (llamando.) Tabasco, Kentucky, venid.

JOR. Miserable! (descarga sus pistolas sobre Aria-
 -niga, el cual vacila y cae en tierra, junto á la en-
 -trada de la choza. El conde desaparece por el
 -barranco.)

ESCENA V.

ARIANIGA, luego TABASCO, KENTURY y rascadores.

ARIA. (se levanta riendo.) Ja! ja! ja! Es tan necio
 como infame! Bien dijo Tabasco; no tenían ba-
 -la; ahora ya estoy libre, y consigo el odio, la
 -venganza y el castigo. (vase hacia fuera, sobre
 -el sendero que está junto al precipicio, y dirige
 -sus miradas á lo largo de las montañas.)

TAB. (corriendo con los suyos.) Han sonado tiros! A
 -quién habrán asesinado por aquí? Cielos, el
 -conde ha desaparecido!

KEN. Y los sacos de oro?

TAB. Maldicion!

ARIA. (en el fondo, la mirada siempre hacia la al-
 -tura.) Oh! Ya llegan... ya llegan!... Mis indios
 -aquí y con Clarisa! Ya estoy vengado!

TAB. (viéndole.) Arianiga, dónde está el conde?
 -Dónde el tesoro? Respóndeme ó te asesino.

ARIA. (sin oírlos.) Ya se acercan! Ya oigo las pisa-
 -das de los caballos!

TAB. (yendo á él, y dándole con la mano.) Respon-
 -des ó no?

ARIA. Quereis saber donde está? Ahí, en ese bar-
 -ranco, con su oro y el vuestro, el cual quiere
 -llevarse; aun lo podeis alcanzar y asesinarlo;
 -no es cierto que lo hareis? Matadlo, pero no
 -del primer golpe; lo ois? Necesito que antes de
 -morir, vea el suplicio que le espera.

TAB. Corramos en su busca.

ARIA. Si, si, marchad, y haced por conducirlo á
 -mi presencia. (vanse todos por el barranco, y
 -Arianiga entra en la choza y corre á la entrada de
 -la puerta.) Ella es! ella! Oh! cuánto hace que an-
 -siaba este momento! Venid, hijos míos, venid.

ESCENA VI.

CLARISA, ARIANIGA, JORGE luego.

(Tan pronto como desaparecieron los rascadores, se vé
 -llegar á los indios por el sendero de la izquierda, condu-
 -ciendo á Clarisa, los cuales vienen á dejarla en la choza.)

ARIA. Dejadme... (salen los indios fuera de la cho-
 -za, y vanse algunos por el barranco.)

CLA. (viendo á Arianiga.) Arianiga, cielos! Jorge!
 -Jorge?

ARIA. Señora, no habeis visto al atrevesar esas
 -montañas, unas piedras desnudas, sobre las
 -cuales se elevan pequeñas cruces de juncos?

CLA. Os pregunto por Jorge... mi esposo...

ARIA. (siguiendo.) Sabed que cada una de ellas
 -es una tumba, y que cada tumba me recuerda
 -una venganza, un castigo. Los europeos han
 -venido á enriquecerse y se han ido sin que
 -nadie les diga una palabra; han vuelto, no solo
 -á enriquecerse, sino á ejercer el robo, el ase-
 -sinato; á no respetar ni aun las cenizas de los
 -sepulcros!.. Ahora ya no saldrán como antes.

CLA. Jorge!.. Qué habeis dicho? Oh! aun será
 -tiempo. (se oyó una fuerte detonacion.)

ARIA. Ya es tarde, señora; la lucha comenzó.

CLA. Andrés, miradme á vuestros pies! Piedad
 -para Jorge.

ARIA. Jorge ha robado, y los que han sido roba-
 -dos lo van á matar! Nada puedo hacer por él!
 - (segunda descarga.)

CLA. (con desesperacion.) Ah!

JOR. (á quien no se vé aun.) Socorro! Socorro!

CLA. (queriendo ir hacia él.) Jorge! Jorge!

ARIA. (deteniéndola.) Quedaos, señora; mancilló
 -el sepulcro de mi madre; ahora es preciso que
 -al espirar os vea estrechada entre mis brazos.

JOR. (aparece herido mortalmente en la orilla del
 -precipicio.) Ah! Clarisa... (viéndola.) Pronto,
 -pronto, un puñal!

ARIA. Lo mismo pedi yo en Sonoma.

JOR. (intentando coger su carabina.) Clarisa... Cla-
 -risa... ven!

ARIA. (sujetándola.) Clarisa es mia... me perte-
 -nece.

JOR. Maldicion... yo muero. (cae en el precipicio.)

CLA. (de rodillas y aterrada.) Ah! muerto... muer-
 -to mi esposo!

ARIA. Y á dos mil leguas de la Francia; ahora ya
 -no teneis en el mundo otro amigo que yo. (se vé
 -á Enrique y á Carmen por lo alto de la roca iz-
 -quierda.)

CLA. (horrorizada.) Cielos!.. No hay quien me fa-
 -vorezca?

ARIA. Nadie; Jorge murió... Enrique tambien!

ESCENA VII.

CLARISA, ENRIQUE, CARMEN, ARIANIGA.

CAR. (apareciendo.) Andrés!

ARIA. Carmen... hermana mia!

CAR. Andrés, le he perdonado! (Enrique vé á
 -Clarisa y se lanza á ella.)

ARIA. Enrique vive!

CAR. Ah! hermano mio... cuando vi el hacha
 -próxima á caer sobre su cuello, senti desgarrar-
 -rarse el corazón.

ARIA. Carmen! Carmen! que es lo que has hecho?

CAR. (á media voz, y con fervor.) Perdónala tú
 -tambien, hermano mio; no conoces que jamás
 -sabrán amarnos? Sus sentimientos no son los
 -nuestros; sus costumbres tampoco lo son...
 -Creeme; Andrés de mi corazón, volvámonos á
 -nuestros desiertos... Te deben muchas lágrima-
 -s, es verdad... pero no importa, que se va-
 -yan debiéndote su felicidad y tu perdón.

ARIA. (pasando la mano por su frente.) Dices bien,
 -noble y generosa criatura! Tienes razon, án-
 -gel mio; ellos ni pueden... ni saben amar. Si,
 -que se vayan al centro de sus ricas ciudades,
 -de su bella civilizacion, y nosotros... al de-
 -sierto!

CLA. Carmen!

ENR. Arianiga!.. (reconocimiento profundo.)

ARIA. Adios, Clarisa!.. Adios para siempre!..
 -Hermana mia... pronto, pronto; vámonos, ne-
 -cesito aire y libertad! (se abrazan ambos her-
 -manos, y salen precipitadamente; los otros lo
 -mismo.)

MADRID, 1851.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA.

Calle del Duque de Alba, n. 13.

El premio grande, o. 2.	3	4	José Maria, ó vida nueva, o. t.	1	7	La Feria de Ronda, o. 1.	2	8
El Pacto sangriento, ó la venganza corsa, t. 6 cuadros.	4	11	Juan de las Viñas, o. 1	1	6	La Felicidad en la locura, t. 1.	1	5
El Paje de Woodstock, t. 1.	1	5	Juan de Padilla, o. 6 cuadros.	3	11	La Favorita, t. en 4.	3	10
El Peregrino, o. 4.	3	9	Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16	La fineza en el querrer, o. 3.	1	3
El Premio de una coqueta, o. 1.	2	4	Julian el carpintero, t. 3.	3	6	Las ferias de Madrid, o. 6 cuadros.	9	14
El Piloto y el Torero, o. 1.	2	4	Juana Grey, t. 5.	2	8	Los Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14
El poder de un falso amigo, o. 2.	2	5	Juzgar por apariencias, o. 3	3	6	La guerra de las mugeres, t. 10 cuad.	6	18
El Perro de centinela, t. 1.	1	2	Jugar con fuego, t. 2.	1	3	La Gaceta de los tribunales, t. en 1.	3	4
El Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2	Julio César, o. 5.	2	15	La Hija de Cromwell, t. en 1.	2	5
El padre del novio, t. 2.	2	4	Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9	La Hija de un bandido, t. 1.	1	4
El pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9	Laura de Monroy, ó los dos Maes- tres. o. 3.	2	8	La Hija de mi tio, t. 2.	3	2
El pintor inglés, t. 3.	3	8	Luchar contra el destino, t. 3.	2	8	La Hermana del soldado, t. 5.	2	9
El peluquero en el baile, o. 1.	2	5	Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	8	La Hermana del carretero, t. 5.	2	10
El Raptor y la cantante, t. 1.	1	4	Llueven sobrinos!! o. 1.	3	3	Las Huérfanas de Amberes, t. 5.	2	10
El Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5	Laura de Castro, o. 4.	1	15	La Hija del Regente, t. 5.	3	13
El robo de un hijo, t. 2.	2	8	Laura, (prólogo, epílogo), o. 5.	4	12	Las Hijas del Cid y los infantes de Carrion, o. 3.	2	9
El rey mártir, o. 4.	2	7	Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9	La Hija del prisionero, t. 5.	6	16
El Rey hembra, t. 2.	3	3	Latreaumont, t. 5.	2	15	La Herencia de un trono, t. 5.	2	11
El Rey de copas, t. 1.	2	3	La Abadía de Castro, t. 7 cuadros.	9	13	Los Hijos del tio Tronera, o. 1.	3	3
El Robo de Elena, t. en 1.	1	5	La Abadía de Penmarck, t. 3.	1	8	Los hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
El Secreto de una madre, t. 3 y pról.	3	9	La Alquería de Bretaña, t. 5.	7	12	La honra de mi madre, t. 3.	3	5
El Seductor y el marido, t. 3.	3	4	La Barbera del Escorial, t. 1.	2	3	La hija del abogado, t. 2.	2	5
El sastre de Londres, t. 2.	1	5	La Batalla de Clavijo, o. 1.	2	8	La hora de centinela, t. 1.	2	8
El tio y el sobrino, t. 1.	3	4	La batalla de Bailen, zarzuela, o. 2.	2	8	La herencia de un valiente, t. 2.	1	4
El terremoto de la Martinica, t. 5.	2	12	La banda roja, o. 3.	2	5	Las intrigas de una corte, t. 5.	4	7
El Tarambana, t. 3.	4	8	La Berlina del emigrado t. 5.	3	16	La Ilusion ministerial, o. 3.	3	9
El tio y el sobrino, o. 1.	2	3	Los Consejos de Tomás, o. 3.	2	6	La Joven y el zapatero, o. 1.	2	3
El Trapero de Madrid, o. 4.	9	14	La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4	La Juventud del emperador Carlos V., t. 2.	2	5
El Tío Pablo ó la educacion, t. en 2.	2	7	La cadena, t. 5.	2	8	La Jarobada, t. 1.	1	5
El testamento de un soltero, t. 3.	2	3	Los celos de una muger, t. 3.	5	5	La Ley del embudo, o. 1.	4	4
El talisman de un marido, t. 1.	2	4	La cola del perro de Alcibiades, t. 3.	2	6	La limosna y el perdon, o. 1.	3	6
El tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7	La caverna de Kerougal, t. 4.	1	10	La loca, t. 4.	3	4
El toro y el Tigre, o. 1.	3	3	La coqueta por amor, t. 3.	3	4	La loca, ó el castillo de las 7 torres, t. 5	2	14
El Tejedor de Jativa, o. 3.	3	6	La corte y la aldea, o. 3.	2	8	La Muger eléctrica, t. 1.	2	3
El Tejedor, t. 2.	1	7	Los cabezudos ó dos siglos despues, t. 1	2	7	La Modista alferez, t. 2.	3	6
El vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5.	2	5	La calumnia, t. 5.	3	6	La Mano de Dios, o. 3.	2	7
El Vivo retrato, t. 3.	1	6	La castellana de Laval, t. 3.	2	9	La Moza de meson, o. 3.	5	12
El vampiro, t. 1.	2	7	La Cruz de Malta, t. 3.	2	9	La madre y el niño siguen bien, t. 1.	2	6
El último dia de Venecia, t. 5.	2	9	La Cruz de Santiago ó el Magne- tismo, t., en 3 a. y un prólogo,	2	8	La marquesa de Seneterre, t. 3.	3	3
El Ultimo de la raza, t. en 1.	2	4	Los contrastes, t. 1.	2	5	Los malos consejos, ó en el pecado la penitencia, t. 3.	2	9
El Ultimo amor, o. 3.	2	5	La Conciencia sobre todo, t. 3.	2	4	La muger de un proscrito, t. 5.	3	6
El Usurero, t. 1.	2	4	La cocinera casada, t. 1.	3	4	La muger que pierde sus ligas, t. 1.	1	2
El Zapatero de Londres, t. 3.	3	9	Las Camaristas de la Reina. t. 1.	7	6	Los Mosqueteros de la Reina, t. 3.	5	8
El zapatero de Jerez, o. 4.	3	3	La Corona de Ferrara, t. 5.	3	7	La Mano derecha y la mano izquier- da. t. 4,	3	11
Fausto de Underwal, t. 5.	1	13	Las colegialas de Saint-Cyr, t. 5.	2	7	Los misterios de Paris, primera parte t. 6 cuadros.	6	14
Fuerte Espada el aventurero, t. 5.	3	7	La Cantinera, o. 1.	1	6	Idem segunda parte, t. 5 cuadros.	8	16
Fernando el pescador ó Málaga y los franceses, o. 3 actos y 10 cuad.	3	15	La Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5	Los Mosqueteros, t. 6 cuadros.	2	14
Gustavo III ó la conjuracion de Sue- cia, t. 5.	1	11	La Conquista de Murcia, por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11	La Marquesa de Savannes, t. 3.	2	5
Gustavo V Vasa, o. 5.	2	16	La Calderona, o. 5.	3	8	La Noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9	La Condesa de Senecey, t. 3.	3	4	La Opera y el sermón, t. en 2.	3	6
Guardapié III: ó sea Luis XV en ca- sa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	5	La Caza del Rey, t. 1.	2	6	La Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7	La Capilla de S. Magin, o. 4.	3	4	Los Pecados capitales, magia, o. 4.	9	9
Geroma la castañera, zarzuela.	1	3	La Cadena del crimen, t. 5.	3	9	Los percances de un carlista, o. 1.	3	9
Hasta los muertos conspiran, o. 3.	2	11	La Campanilla del diablo, t. 4 y pró- logo. Magia.	5	13	Los penitentes blancos, t. 2.	3	3
Honores rompen palabras, ó la ac- cion de Villalar, o. 4.	2	8	Eos celos, t. en 3.	3	5	La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13
Herminia, ó volver á tiempo, t. 5.	3	5	Las cartas del conde-duque, t. en 2.	1	7	La Penitencia en el pecado, t. en 3.	3	6
Halifax, ó picaro y honrado, t. en 3. y un prólogo.	2	9	La Cuenta del Zapatero, t. en 1.	2	6	La Posada de la Madona, t. en 4 y prólogo.	4	9
Hombre tiple y muger tenor, o. 4.	3	5	La doble caza, t. 1.	2	6	Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
Honor y amor, o. 5.	4	9	Los dos Fóscares, o. 5.	1	14	La Pupila y la péndola, t. 1.	2	6
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4	La dicha por un anillo y magico rey de Lidia, o. 3. Magia.	4	9	La protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
Ilusiones, o. 1.	1	4	Los desposorios de Inés, o. 3.	3	3	Los Pasteles de Maria Michon, t. 2.	1	7
Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 3.	4	4	Los dos cerrageros, t. 3.	2	22	Los Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
Jorge el armador, t. 4.	3	11	Las dos hermanas, t. 2.	3	5	La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
Juí que jembra, o. 1.	3	6	Los dos ladrones, t. 1.	1	3	La Perla sevillana, o. 1.	3	3
			Los dos rivales, o. 3.	2	9	La Primer escapatoria, t. 2.	2	4
			Las desgracias de la dicha, t. 2.	2	9	La Prueba de amor fraternal, t. 2.	3	5
			Las dos emperatrices, t. 3.	3	8	La Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
			Los dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3	La Quinta de Verneuil, t. 5.	4	10
			Los Dos maridos, t. 1.	3	3	La quinta en venta, o. 3.	1	5
			La Dama en el guarda-ropa, o. 1.	2	4	Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4

4					
La Reina Sibila, o. 3.	2	6	Perder ganando ó la batalla de da-	Una noche en Venecia, o. 4.	2 12
La Reina Margarita, t. en 6 actos.	7	17	mas, t. 3.	Un viage á América, t. 3.	2 8
La Rueda del coquetismo, o. 3.	2	4	Por tener un mismo nombre, o. 1.	Un hijo en busca de padre, t. 2.	5 5
La Roca encantada, o. 4.	2	6	Por tenerle compasion, t. 1.	Una estocada, t. 2.	2 6
Los Reyes magros, o. 1.	5	8	Por quinientos florines, t. 1.	Un matrimonio al vapor, o. 1.	2 4
La Rama de encina, t. 5.	2	10	Papeles, cartas y enredos, t. 2.	Un soldado de Napoleon, t. en 2.	3 4
La saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4	8	Por ocultar un delito, aparecer cri-	Un casamiento provisional, t. en 1.	3 4
La selva del diablo, t. 4.	1	15	iminal, o. 2.	Una audiencia secreta, t. en 3.	2 9
La Serenata, t. 1.	3	5	Percances matrimoniales, o. 3.	Un quinto y un párbulo, t. en 1.	2 3
La Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4	Por casarse! t. 1.	Un mal padre, t. en 3.	4 4
La Sombra de un amante, t. 1.	2	3	Pero Grullo, zarzuela o. 2.	Un rival, t. en 1.	1 4
Los Soldados del rey de Roma, t. 2.	2	7	Por camino de hierrol o. 1.	Un marido por el amor de Dios, t. 1.	2 3
Los Templarios, ó la encomienda de			Por amar perder un trono, o. 3.	Un amante aborrecido, t. en 2.	2 5
Aviñon, t. 3.	1	14		Una intriga de modistas, t. 1.	8
La Taza rota, t. 1.	2	3	Quién será su padre? t. en 2.	Una mala noche pronto se pasa, t. 1	2 1
La Tercera dama duende, t. en 3.	2	11	¿Quién reirá el último? t. 1.	Un imposible de amor, o. 3.	3 8
La Toca azul, t. en 1.	3	7	Querer como no es costumbre, o. 4.	Una noche de enredos, o. 1.	2 3
La tia y la sobrina, o. 1.	3	4	Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	Un marido duplicado, o. 1.	3 4
Los Trabucadores, o. 5.	6	13	Quien á hierro mata... o. 1.	Una causa criminal, t. 3.	6 6
La vida por partida doble, t. 1.	5	3		Una reina y su favorito, t. 5.	3 16
La Viuda de 15 años, t. 1.	3	2	Reinar contra su gusto, t. 3.	Un rapto, t. 3.	1 11
La Victima de una vision, t. 1.	4	5	Rabia de amor!! t. 1.	Una encomienda!, o. 2.	2 5
La viva y la difunta, t. 1.	1	3	Roberto Hobart, ó el verdugo del rey,	Una romántica, o. 1.	3 3
			o. 3 actos y prólogo.	Un Angel en las boardillas, t. 1.	1 3
Mariana, t. 5 a. y prólogo.	3	9	Ruel, defensor de los derechos del	Un enlace desigual, o. 3.	4 5
Mauricio, ó la favorita, t. 2.	2	5	pueblo, t. 5.	Una dicha merecida, o. 1.	1 4
Mas vale tarde que nunca, t. 1.	2	4	Ricardo el negociante, t. en 3.	Una crisis ministerial, t. 1.	2 13
Muerto civilmente, t. 1.	2	3	Recuerdos del 2 de mayo, ó el ciego	Una noche de Máscaras, o. 3.	4 7
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1	1	3	de Ceclavin, o. 1.	Un insulto personal, ó los dos cobar-	2 4
Mi vida por su dicha, t. 3.	3	5	Rita la española, t. 4.	des, o. 1.	2 4
Maria Juana, ó las consecuencias de	5	8	Ruy Lope-Dábalos, o. 3.	Un desengaño á mi edad, o. 1.	2 5
un vicio t. 5.			Ricardo y Carolina, o. 5.	Un poeta, t. 1.	6 6
Martin y Bamboche, ó los amigos de	4	12		Un hombre de bien, t. 2.	1 4
la infancia, t. 9 cuadros.			Si acabarán los enredos? o. 2.	Una deuda sagrada, t. 1.	3 6
Mateo el veterano, o. 2.	2	7	Sin empleo y sin muger, o. 1.	Un embuste y una boda, zarz. o. 2.	2 8
Marco Tempesta, t. en 3.	2	5	Santi boniti barati, o. 1.	Un tio en las Californias, t. 1.	2 8
Maria de Inglaterra, t. 3.	2	11	Ser amada por si misma, t. 1.	Una tarde en Ocaña ó el reservado	2 6
Margarita de York, t. 3.	3	11	Sitiar y vencer, ó un dia en el Es-	por fuerza, t. 3.	3 2
Maria Remont, t. 3.	4	7	corial, o. 1.	Un cambio de parentesco, o. 1.	4 5
Mauricio ó el médico y la huérfana,	3	4	Sobresaltos y congojas, o. 5.	Yo por vos y vos por otro! o. 3.	1 5
t. 2.			Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	Ya no me caso, o. 1.	
Mali, ó la insurreccion, o. 5.	1	10			
Monge seglar, o. 5.	3	7	Tom-Pus, ó el marido confiado, t. 1.		
Miguel Angel, t. 3.	2	11	Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.		
Megani, t. 2.	2	6	Trapisondas por bondad, t. en 1.		
Maria Calderon, o. 4.	2	8	Todos son raptos, zarzuela o. 1.		
Mariana la vivandera, t. 5.	3	9			
Misterios de bastidores, 2.ª pte. zar. 1	3	15	Vencer su eterna desdicha ó un caso		
			de conciencia, t. 3.		
Ni ella es ella, ni él es él, ó el capi-	4	4	Valentina Valentona, o. 4.		
tan Mendoza, t. 2.			Vicente de Paul, ó los huérfanos del		
No ha de tocarse á la reina, t. 3.	2	3	pueblo de Ntra. Sra. t. 5 a. 1 pról.		
Nuestra Señora de los Avismos, ó el	3	7			
castillo de Villemeuze, t. 5.			Un buen marido! t. 1.		
Nunca el crimen queda oculto á la	4	8	Un cuarto con dos camas, t. 1.		
Justicia de Dios, t. 6 cuadros.			Un Juan Lanas, t. 1.		
Noche y dia de aventuras, ó los ga-	4	11	Una cabeza de ministro, t. 1.		
lanes duendes, o. 3.			Una noche á la intemperie, t. 1.		
No hay miel sin hiel, o. 3.	3	5	Un bravo como hay muchos, t. 1.		
No mas comedias, o. 3.	3	5	Un diablillo con faldas, t. 1.		
No es oro cuanto reluce, o. 3.	3	7	Un pariente millonario, t. 2.		
No hay mal que por bien no venga, o. 1	3	4	Un avaro, t. 2.		
Ni por esas!! o. 3.	4	4	Un casamiento con la mano izquierda, t. 2		
Ni tanto ni tan poco, t. 3.			Un padre para mi amigo, t. 2.		
			Una broma pesada, t. 2.		
Ojo y nariz! o. 1.	1	3	Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.		
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2	8	Un dia de libertad, t. 3.		
Otra noche toledana, ó un caballero	1	1	Uno de tantos bribones, t. 3.		
y una señora, t. 1.			Una cura por homeopatía, t. 3.		
			Un casamiento á son de caja, ó las		
Percances de la vida, t. 1.	2	4	dos vivanderas, t. 3.		
Perder y ganar un trono, t. 1.	2	3	Un error de ortografía, o. 1.		
Paraguas y sombrillas, o. 1.	3	12	Una conspiracion, o. 1.		
Perder el tiempo, o. 1.	2	4	Un casamiento por poder, o. 1.		
Perder fortuna y privanza, o. 3.	2	5	Una actriz improvisada, o. 1.		
Pobreza no es vileza, o. 4.	3	11	Un tio como otro cualquiera, o. 1.		
Pedro el negro, ó los bandidos de la	2	10	Un motín contra Esquilache, o. 3.		
Lorena, t. en 5.			Un corazon maternal, t. 3.		
Por no escribirle las señas, t. en 1.	3	3			

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las Mujeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres.

Las letras O y T que acompañan á cada título, significan si es original ó traducida. En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á D. Ignacio Boix y D. Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramatico se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden en Madrid, en las librerías de PEREZ, calle de las Carretas; CUESTA calle Mayor. En Provincias, en casa de sus Corresponsales.

PRECIOS EN MADRID.

Las de la Biblioteca: En un acto, á 3 rs. En 2, 3 ó mas actos, 4 rs. En Provincias abonarán UN REAL MAS por razon de portes. Las que pertenecen al Museo dramático: En un acto, á 3 rs. En dos actos, á 4 rs. En tres ó mas actos, á 6 rs. Las de la Galeria de Boix: En un acto, á 3 y 4 rs. En dos actos, á 5 y 6 rs. En tres ó mas actos, á 6 y 8 rs.

MADRID: 1851.

IMPRESA DE VICENTE DE LALAMA, Calle del Duque de Alba, n. 13.

Véase el Suplemento.